

La prehistoria de Canarias

FUERTEVENTURA *y los* MAJOREROS

JOSÉ CARLOS CABRERA PÉREZ



**FUERTEVENTURA
Y LOS MAJOREROS**

JOSÉ CARLOS CABRERA PÉREZ



FUERTEVENTURA Y LOS MAJOREROS

LA PREHISTORIA DE CANARIAS
DIRECTOR: ANTONIO TEJERA GASPAS

© JOSÉ CARLOS CABRERA PÉREZ

© CENTRO DE LA CULTURA POPULAR CANARIA

Primera edición: Mayo, 1993

Dirigen y producen la Biblioteca Canaria: M^a del Carmen Otero y
César Rodríguez Placeres

Fotografías de cubierta e interior: Archivo del autor

Cubierta: Tabajoste, vasija de Fuerteventura

Diseño de Cubierta: (Departamento de Diseño del CCPC)

Composición: Laura López

Servicio de filmación: *Taller Relax* Tfno.: 26 56 56

Impresión: Litografía Romero, S.A.
C/ Angel Guimerá, 1
Santa Cruz de Tenerife

ISBN: 84-7926-089-0 (Tomo VII)

ISBN: 84-7926-083-1 (Obra Completa)

Depósito Legal: TF. 573 - 1993

*A Delfi y Héctor,
por estar siempre cerca.
A mi madre.*

ÍNDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN	11
UN ORIGEN INCIERTO	15
LOS MAJOREROS Y EL MEDIO ECOLÓGICO	21
LA POBLACIÓN	27
LOS MODELOS DE ASENTAMIENTO	33
Los Malpaíses	40
UNA ECONOMÍA PASTORIL	45
Cabras, ovejas y cerdos	47
Las fórmulas de pastoreo: ganado doméstico, ganado salvaje	49
Los pastos	52
Los derivados alimenticios: carne, leche, sebo	54
La incógnita agrícola	56
La recolección vegetal	58
“Comían sus dátiles”	59
Pesca y aprovechamiento marino	61
La actividad cinegética	62
LA CULTURA MATERIAL	65
La cerámica	65
La industria lítica	68

Hueso y madera	70
Vestido y adornos personales	71
UNA SOCIEDAD SEGMENTARIA.....	75
Matrimonio y filiación	77
Los “reinos” mayoreros	79
Los límites territoriales: la Pared de Jandía.....	80
La guerra en Erbania.....	83
<i>“Los más fuertes castillos, fabricados según su manera”</i>	86
Los <i>altahay</i> o el carisma del guerrero	88
“Reyes” y “Mujeres fatídicas”	89
LA RELIGIÓN Y EL RITUAL.....	93
El culto a los antepasados	94
Cuevas y montañas sagradas.....	98
Las mujeres y el ritual.....	104
La muerte y el ritual.....	105
Los grabados rupestres.....	108
BIBLIOGRAFÍA	111

INTRODUCCIÓN

Pocas veces en el desarrollo de la investigación sobre las culturas desaparecidas nos hallaremos ante un panorama tan desalentador como el ofrecido por la Arqueología majorera. Caracterizado por los escasos avances conseguidos desde sus balbuceos decimonónicos, con las insignes figuras de S. Berthelot, R. Verneau y R. F. Castañeyra, el estudio de la Prehistoria de Fuerteventura se ha visto mediatizado por las principales corrientes metodológicas que han gravitado sobre la historia arqueológica del Archipiélago.

La obsesión por determinar los orígenes de las poblaciones canarias como fin último de la investigación; el recurso a una Arqueografía refractaria y estéril; y, lo que es más grave, el acusado desinterés mostrado por los prehistoriadores hacia las islas más orientales, ha conducido en Fuerteventura a una situación unánimemente reputada por su abandono, pobreza y anarquía.

El bagaje de conocimientos de que disponemos acerca de la cultura material de los antiguos majoreros queda reducido a poco más de media docena de yacimientos excavados, en ocasiones, sin un criterio científico definido; a una importante labor de prospección que, sumida aún en su etapa embrionaria, comienza a proporcionar resultados positivos; así como a un conjunto de artefactos descontextualizados repartidos entre los diversos museos y colecciones del Archipiélago. El vigoroso impulso experimentado por los estudios de campo en la isla durante los últimos años no permitirán solventar en mucho tiempo las notorias deficiencias arqueológicas de la Prehistoria insular.

La más significativa de estas lagunas es la referida a la

inexistencia de un registro cronológico y estratigráfico que posibilite la interpretación de los fenómenos de diacronía/sincronía, así como la delimitación de los horizontes prehistóricos respecto a las fases de ocupación correspondientes al período posterior a la Conquista. Los procesos de reutilización ininterrumpida de los asentamientos aborígenes, muy frecuentes en la isla, unido a la pervivencia de unas pautas económicas, unas formas de vida y una cultura material, apenas diferenciables de sus homólogas prehistóricas, demandan con urgencia un repertorio de dataciones absolutas que dibuje las secuencias evolutivas del grupo humano -los *mahoreros*- establecido en el territorio isleño. No es coherente asimilar al mundo preeuropeo todos los restos constructivos existentes en la isla, sin una depuración previa de la identidad de tales vestigios.

Este horizonte estéril y deprimente se ve agravado por la intensa destrucción del patrimonio arqueológico insular como efecto del fenómeno inmobiliario turístico y de la acción de “aficionados” o turistas, ejecutores de un saqueo indiscriminado de los yacimientos, que transforman en una labor de titanes cualquier intento de reconstrucción de los aspectos parciales de la cultura majorera; más aún, si se pretende realizar un trabajo que afronte una visión globalizadora de esta sociedad prehistórica.

A la ausencia de un bagaje arqueológico, tan insuficiente como necesario, se contrapone la obligada revalorización de otros instrumentos metodológicos que han venido cobrando una vigencia inusitada en la última década. Las fuentes etnohistóricas -los textos y documentos escritos que describen las formas de vida de las antiguas poblaciones canarias- tradicionalmente criticadas por su supuesta pobreza informativa, por su visión eurocéntrica del aborígen, así como por su ambientación en el horizonte final de la Prehistoria canaria (siglos XIV y XV), han demostrado sobradamente la valiosa y abundante información explícita -y sobre todo implícita- que contienen, imprescindible para reconstruir aspectos relacionados con

la organización social o religiosa de los antiguos habitantes de las islas.

Entre las escasas fuentes que aluden a los primitivos mayoreros, ocupa una posición privilegiada la crónica normanda “Le Canarien”, cuyos autores -los frailes P. Bontier y J. Le Verrier- relatan las operaciones de conquista de Lanzarote y Fuerteventura dirigidas por Jean de Béthencourt y Gadifer de La Salle entre 1402 y 1405. Su relevancia se explica por tratarse de una fuente de primera mano, contemporánea a los hechos que describe, si bien se ve aminorada por el poco interés que los cronistas muestran hacia los mecanismos culturales de la sociedad con la que entran en contacto.

Del material etnohistórico posterior a la Conquista, únicamente las obras del ingeniero cremonés L. Torriani (1592) y del fraile andaluz J. Abreu Galindo (1602) suministran una información que complementa y, en ocasiones, contradice las noticias de los normandos, lo que no debe resultar extraño por cuanto escriben unos 200 años después de la incorporación de la isla al mundo europeo. Mientras la información de “Le Canarien” se ciñe a un marco temporal muy reducido, los datos de los textos posteriores se inscriben en un espacio cronológico mucho más amplio, por recoger pervivencias orales mantenidas de generación en generación que pueden corresponder a un horizonte anterior al de la Conquista.

Más importante aún, la aplicación de los principios de la Antropología cultural en el estudio de las culturas canarias constituye una pauta metodológica que ha posibilitado un avance cualitativo en su conocimiento. En palabras del prestigioso arqueólogo G. Clark, “se necesita un continuo esfuerzo de imaginación para reconstruir las huellas de las sociedades remotas, y necesitamos toda la ayuda que podamos obtener del estudio de los modos de vida y pensar de los pueblos primitivos actuales, cercanos a los pueblos prehistóricos y a veces con limitaciones similares. La Antropología cultural demuestra cómo funcionan las sociedades y proporciona un modelo teórico en que fundamentar la labor de reconstrucción”.

La utilización del método comparativo y el análisis de las poblaciones asentadas en medios insulares, de las sociedades de signo pastoril, así como del ámbito bereber norteafricano, permiten formular interpretaciones y propuestas explicativas de los comportamientos culturales detectados entre los antiguos majoreros, entendiendo la Cultura como un sistema adaptativo al medio ambiente ecológico y no como mero resultado de la tradición o de una elección arbitraria.

El estudio de la sociedad prehistórica majorera persigue la determinación del proceso de adaptación de la etnia colonizadora a un nicho insular reducido, aislado por el océano y pobre en recursos. Sobre esta base, los distintos niveles de organización -relaciones sociales, formas de poder político, principios ideológicos y religiosos- son consecuencia del balance entre las estrategias de explotación del medio y las estrategias reproductivas, orientadas a mantener un total demográfico acorde con el volumen de recursos de subsistencia disponibles.

Este libro, mediatizado por los graves problemas que padece la Arqueología majorera, pretende ofrecer una visión novedosa de la Prehistoria de Fuerteventura, donde cobre un mayor peso específico el intento de interpretación de aspectos mal documentados relativos a los comportamientos sociales, a las prácticas económicas y al complejo mundo de las creencias, fruto de la interacción del bereber continental con la dureza y rigor del entorno ecológico insular, al que se ve obligado a adaptarse.

UN ORIGEN INCIERTO

Poco sabemos acerca del origen de la población prehistórica de Fuerteventura. Admitida la filiación bereber de las etnias canarias, los intentos por determinar las zonas concretas de procedencia y las fechas del poblamiento han resultado hasta ahora infructuosos, en virtud de la insuficiencia de los testimonios arqueológicos, etnohistóricos y lingüísticos.

Las dificultades para el conocimiento de la Prehistoria africana, así como la amalgama de elementos y tradiciones culturales multioriginarios que confluyen en el Norte de África, han constituido una barrera infranqueable a la hora de resolver la incógnita del poblamiento de las islas. La búsqueda de paralelismos en la cultura material nos conduce a un marco territorial muy amplio e impreciso -delimitado por el Golfo de Gabes (Túnez), el Sahara y el Océano Atlántico- y ajustándose a un abanico cronológico cercano a los tres milenios.

La cerámica mayorera de tipología ovoide y fondos cónicos remonta sus orígenes al Neolítico argelino y del litoral atlántico marroquí, con una continuidad en horizontes protohistóricos más tardíos (tumbas púnicas en Tánger, Mauritania, sur de Marruecos y Sahara). Las viviendas semiexcavadas en el suelo -características de Fuerteventura y Lanzarote- se documentan en la cordillera del Atlas; mientras que los motivos dominantes en las estaciones de grabados rupestres de la isla -siluetas de pies humanos, inscripciones alfabéticas líbicas- están muy extendidos por todo el Norte de África. Sin embargo, ningún indicio material permite una aproximación, siquiera hipotética, a un posible foco geográfico del que procediera la etnia mayorera.

Más prometedor puede resultar el análisis lingüístico de los antiguos topónimos de la isla, así como del gentilicio con el que se denominaban a sí mismos los primitivos habitantes de Fuerteventura, contrastados con el conjunto de voces -correspondientes a los nombres de tribus africanas- contenidas en las fuentes grecolatinas.

Las primeras referencias acerca del apelativo étnico de sus antiguos habitantes, recogidas en las obras de L. Torriani y J. Abreu Galindo, revelan una afinidad toponímica y etnonímica entre las dos islas más orientales del Archipiélago:

*“Otros dicen que se llamó **Maoh**, lo mismo que Lanzarote, porque hasta ahora los isleños se dicen **mahoreros**”.*

(L. Torriani, [1978]:83)

El estudio lingüístico de estas voces -efectuado por J. Álvarez-rechaza el valor de *Maoh* o *Mahoh* como nombre propio de isla, interpretándolo a modo de genérico que los nativos aplicaban a Fuerteventura y Lanzarote para designarlas de manera general. Su significado -“la tierra”, “el país”- sería análogo al del vocablo palmero *Benahoare*.

Bajo esta lectura, la forma *Maho* adquiere la acepción de “gente del país” u “hombre de la tierra”, mientras que el término *mahorero* corresponde a un arcaísmo derivado del anterior y fruto de la adición del sufijo español “ero”, tan generalizado en Canarias.

El lingüista francés G. Marcy -desestimando la anterior explicación- propuso una hipótesis alternativa que vinculaba la voz *maho* con el gentilicio *Mauro*, nombre de una tribu norteafricana asentada en las costas atlánticas de la Mauritania Tingitana. Autores como S. Gsell le atribuyen una etimología púnica, relacionándolo con la forma *Maouharim*, cuyo significado -“los occidentales”-, designaría a las etnias asentadas en el extremo NW del Magreb. Otras voces contenidas en las fuentes grecolatinas muestran semejanzas fonéticas con la primitiva denominación de los habitantes

de Lanzarote y Fuerteventura. Heródoto cita los *Maxyes*, establecidos en el litoral tunecino, mientras que el término *Imazighen*, derivado de la raíz MZG o MSK, representa la forma en que el pueblo bereber se designaba a sí mismo.

En todos ellos se aprecian paralelismos lingüísticos que, no sólo confirman el origen bereber de los antiguos majoreros, sino podrían acotar geográficamente áreas de procedencia en ámbitos territoriales del continente cercanos al Archipiélago (Marruecos meridional, valle del Oued Sus, valle del Oued Draa).

Por otra parte, la crónica “Le Canarien” recoge un controvertido topónimo, sólo conocido por los autores normandos:

*“... después pasaron a la isla de **Erbania**, que se dice Fuerteventura”.*

(Le Canarien, [1965]:26)

G. Marcy lo relaciona con la voz *Arbani*= “el lugar de la muralla”-en virtud del radical líbico *bani*= “la muralla”- y alusivo al gran muro de piedra seca que, ubicado en el Istmo de Jandía, dividía territorialmente la isla. Para J. Álvarez -en su intento de compatibilizarlo con el término *Mahoh*- se trataría de un topónimo menor que designaría el sector geográfico circunscrito al Istmo.

Las analogías culturales entre las sociedades prehistóricas de Lanzarote y Fuerteventura hacen admisible la propuesta de un poblamiento común para ambas islas en fechas no anteriores al siglo V a.C. Estas semejanzas fueron reconocidas por autores del siglo XVI:

“Los primeros que habitaron en esta isla... se parecían muchísimo con los de Lanzarote, en el habla, en el modo de vivir, en la fábrica de sus casas, en sus adoraciones y en el modo de casarse...”

(L. Torriani, [1978]:72)

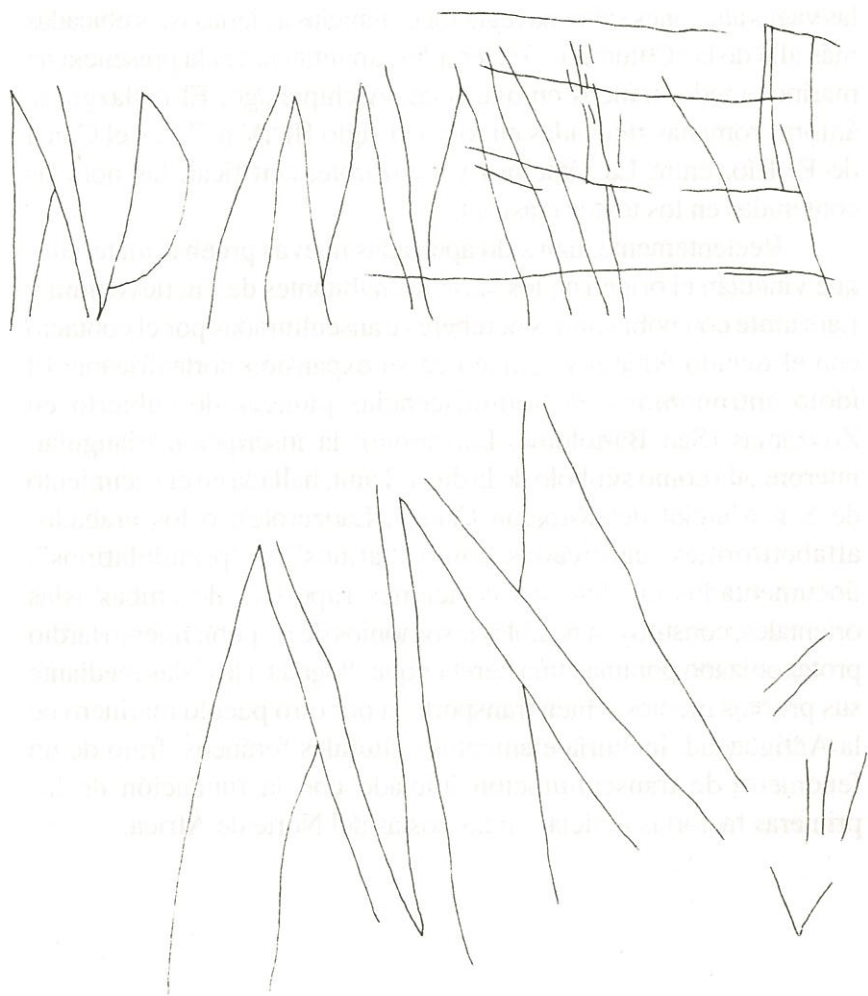
Las investigaciones arqueológicas han constatado paralelismos tipológicos y decorativos en las formas cerámicas, además de similitudes constructivas en el tipo de vivienda característico de ambas islas -“casas hondas” y tubos lávicos acondicionados- testimonio de una misma tradición cultural, sin descartar condicionantes de índole ecológica.

Las creencias religiosas y los santuarios prehistóricos se ajustan a modelos semejantes, recibiendo, incluso, idéntica denominación: *efequentes*. Si a las analogías lingüísticas, caracterizadas por un sinfín de topónimos comunes, así como un igual gentilicio -*mahos*- unimos la proximidad geográfica entre las islas, separadas por el Canal de la Bocaina (10 km), no parece descabellado afirmar un poblamiento simultáneo en un horizonte cronológico aún impreciso, pero no anterior al último milenio a.C.

Las insuficientes dataciones radiocarbónicas efectuadas en los yacimientos mayoreros -circunscritas a la Cueva de Villaverde (La Oliva)- arrojan unos valores correspondientes a un marco temporal muy amplio e inconcreto: 220 d.C.-1350 d.C. No obstante, la hipótesis de un poblamiento tardío del Archipiélago no ha sido desestimada por un registro cronológico que no remonta el siglo III a.C. en islas como La Palma o Gran Canaria.

No pocos investigadores han asociado la llegada de los primeros contingentes humanos a las islas con la expansión fenicio-púnica y romana a lo largo del litoral atlántico en el NW de África, iniciada en el siglo VII a.C. y prorrogada sin apenas solución de continuidad hasta los primeros siglos de la Era. S. Berthelot en el siglo XIX y, posteriormente, J. Álvarez identificaron las Canarias orientales con las míticas *Purpurarias*, islas que -según el relato pliniano- fueron colonizadas por el rey mauritano Juba II, espoleado por la explotación de la “púrpura getúlica”.

Las numerosas referencias de los autores grecolatinos a las islas de los Bienaventurados y las Afortunadas, entre las que



Supuestos grabados "latinos" de Fuerteventura, según I. Hernández/M. A. Perera

Fuerteventura sería conocida como *Capraria* o *Planaria*; así como las vagas alusiones sobre navegaciones fenicias a ciertas islas ubicadas más allá de las Columnas de Hércules, apuntan hacia la presencia de marinos mediterráneos en aguas del Archipiélago. El hallazgo de ánforas romanas -fechadas en torno al siglo III-IV d.C.- en el Canal de El Río, entre La Graciosa y Lanzarote, certifican las noticias contenidas en los textos clásicos.

Recientemente, han sido aportadas nuevas pruebas materiales que vinculan el origen de los antiguos habitantes de Fuerteventura y Lanzarote con poblaciones bereberes transculturadas por el contacto con el mundo fenicio y romano en su expansión norteafricana. El ídolo antropomorfo de reminiscencias púnicas descubierto en Zonzamas (San Bartolomé, Lanzarote); la inscripción triangular, interpretada como símbolo de la diosa Tanit, hallada en el yacimiento de San Marcial del Rubicón (Yaiza, Lanzarote); o los grabados alfabetiformes, calificados como “latinos” o “pseudolatinos”, documentados en diversas estaciones rupestres de ambas islas orientales, constituyen posibles testimonios de un poblamiento tardío protagonizado por una etnia bereber que, llegada a las islas mediante sus propios medios o bien transportada por otro pueblo marino de la Antigüedad, incluiría elementos culturales foráneos, fruto de un fenómeno de transculturación iniciado con la fundación de las primeras factorías fenicias en las costas del Norte de África.

LOS MAJOREROS Y EL MEDIO ECOLÓGICO

La llegada del primer contingente poblador a la isla de Fuerteventura llevó aparejado un proceso de reconocimiento del territorio y de sus recursos potenciales, seguido de la ocupación, explotación y asentamiento en las zonas más favorables desde la óptica del suministro hídrico, los recursos alimenticios, las materias primas y el combustible.

Se inicia así un dilatado proceso de adaptación a partir de los patrones culturales importados de las áreas de procedencia continentales, posteriormente transformados ante dos condicionantes esenciales impuestos por los ecosistemas insulares: el aislamiento y la limitación de los recursos. La originalidad del sistema económico y de organización social en el horizonte epigonal de la Prehistoria majorera no puede ser explicado sólo en función del sustrato bereber y del bagaje cultural transportado desde el Norte de África; como tampoco puede ser entendido sin una justa valoración de los efectos de las constricciones medioambientales en la conducta de un grupo humano asentado sobre unos escasos 1.662 km².

El ambiente árido y pobre en recursos que hoy caracteriza a la isla de Fuerteventura no se corresponde -sin lugar a dudas- con el paisaje conocido por los primeros pobladores prehistóricos. Las descripciones de los cronistas normandos reflejan una imagen bien distinta hace escasamente 600 años, al hablar de **“arroyos de agua dulce corriente, capaces para mover molinos”**; o de **“fuentes hermosas, vivas y corrientes”**. Esta riqueza hídrica se ha perpetuado de forma eufemística en la toponimia, a través de nombres como Río Cabras, Río de Gran Tarajal, Río Fayagua, etc.

Muchos son también los cambios sufridos por la cubierta vegetal del territorio mayorero a tenor de las referencias etnohistóricas. La vegetación natural de la isla prácticamente ha desaparecido, refugiándose en puntos aislados e inaccesibles de su geografía. Por contra, “Le Canarien” menciona un territorio

“... lleno de árboles que destilan una leche medicinal a manera de bálsamo... y árboles de maravillosa hermosura... cuadrados de varias caras y sobre cada arista hay una hilera de púas a manera de zarza... De otros árboles, como de palmeras que producen dátiles, de almácigos y de lentiscos, hay gran número”.

(Le Canarien, [1959]:248)

Los escasos estudios paleoflorísticos efectuados hasta la fecha han llegado a la conclusión de que el espacio insular estuvo completamente cubierto de vegetación en el momento de la Conquista, siendo buena parte de dicha cobertura natural de carácter arbóreo, en cotas superiores a los 400 m. La concentración máxima de estas formaciones boscosas de naturaleza termófila -incluyendo especies como el acebuche, lentiscos, chaparros y almácigos- se localizaría en los macizos de Betancuria y Jandía. En sus puntos más elevados se han llegado a detectar vestigios de laurisilva.

El resto del territorio estaría ocupado por una vegetación herbácea y arbustiva, con predominio de euforbiáceas, como las tabaibas y los cardones. En los cauces de los barrancos más húmedos proliferarían los tarajales y palmerales, relacionados -estos últimos- con el aprovechamiento datilero:

“... se halla un valle hermoso y unido, en que habrá más de 800 palmeras... con arroyos de agua que corren por en medio... y están por grupos de 100 y 120 juntas... tan enramadas y tan cargadas de dátiles...”

(Le Canarien, [1959]:140)



"...se hallan en cuatro o cinco puntos arroyos de agua dulce corriente, capaces para mover molinos". (Le Canarien).

Remontándonos a los comienzos de nuestra Era y ante las descripciones realizadas por los conquistadores normandos, parece plausible suponer que los primeros pobladores de la isla se enfrentarían a un medio ecológico algo más munificente, con una cubierta vegetal desarrollada y un importante volumen de agua infiltrada que redundaría en un mayor número de manantiales. Tampoco el alto índice de salinidad de las aguas nacientes en Fuerteventura constituiría un obstáculo para la subsistencia humana, pues la notable capacidad adaptativa del organismo no sólo facilita la adaptación a la ingesta de aguas salobres, sino beneficiarse de ella, en la medida en que el aporte de sales minerales compensa la pérdida de electrolitos por evapotranspiración corporal en medios áridos. Así queda atestiguado en las referencias escritas:

“Esta es Ysla... con abundancia de fuentes de agua, aunque las más dellas son salobres y destas beben sus moradores y los ganados”.

(F. López de Ulloa, en F. Morales, 1978:262)

Con el primer contingente humano asentado en la isla se inicia un largo proceso de degradación medioambiental, con tendencia a la aridificación del entorno, propiciado por las estrategias adaptativas seguidas por la sociedad mayorera. La especialización pastoril y el aprovechamiento de los recursos vegetales explican la paulatina deforestación de la isla, la supresión de la cobertera vegetal y la disminución de los recursos hídricos. En los albores del siglo XV, las constricciones ambientales impuestas por un medio parcialmente degradado habrían conducido a un fenómeno de hostilidad interna, manifestado a través de violentos enfrentamientos intertribales.

Partiendo de la base de que el éxito en la colonización de los territorios insulares exige la adopción de unas estrategias de explotación de los recursos disponibles y una estrategia de reproducción para asegurar la viabilidad y eliminar los riesgos de

extinción de la comunidad naciente, hemos de suponer unas prácticas iniciales de subsistencia de base amplia, con un aprovechamiento integral del medio y la implantación de los patrones económicos -agricultura, ganadería- importados del continente.

LA POBLACIÓN

Poco sabemos de la apariencia física de los majoreros. No más que las escuetas referencias contenidas en la documentación escrita, donde se insiste en destacar el gran desarrollo corporal de los habitantes de Fuerteventura:

“... son de gran talla hombres y mujeres”.

(Le Canarien,[1965]:136)

Al parecer, su estatura superaba en términos generales la de las restantes etnias canarias:

“Hoy en todas las islas no hay hombres de mayores estaturas que los de ésta en común”.

(J. Abreu Galindo,[1977]:60)

Los escasos testimonios arqueológicos han confirmado estas noticias. Los estudios antropológicos efectuados por la investigadora alemana I. Schwidetzky sobre el material óseo procedente de Fuerteventura y conservado en el Museo Canario de Las Palmas revela una estatura media de 1'71 m para los varones y de 1'59 m para las mujeres; valores confirmados por los hallazgos funerarios de El Matorral (Bco. de la Muley, Pto. del Rosario) y de la Cueva de Villaverde (La Oliva). La misma autora ha señalado el predominio del tipo mediterráneo en la isla, así como una semejanza antropológica con la población de Gran Canaria, si bien, la débil representatividad de la muestra y la superación de la obsoleta dicotomía cromañoide/

mediterranoide en el contexto de la Prehistoria canaria apenas conceden significación a estas conclusiones.

Análogas dificultades ofrece el cálculo de los efectivos demográficos durante los sucesivos horizontes prehistóricos de la isla, un aspecto de la investigación tradicionalmente obviado en la investigación prehistórica del Archipiélago, pese a que factores como la *carrying capacity* del territorio y las estrategias de reproducción en el seno del grupo humano son determinantes en la evolución cultural de las sociedades, en los procesos de intensificación productiva, así como en los fenómenos de transformación sociopolítica, especialmente en aquellas comunidades confinadas en marcos territoriales reducidos y aislados como los ecosistemas insulares.

La ausencia de una información detallada sobre la capacidad de sustentación del territorio y de los patrones de asentamiento prehistóricos sólo permite una leve aproximación a los parámetros poblacionales de la sociedad mayorera. La debilidad demográfica parece haber constituido la tónica dominante en la Prehistoria de Fuerteventura, a juzgar por la escasa información etnohistórica y por las reducidas dimensiones de los asentamientos, insuficientes para albergar una población considerable. Los datos consignados por “Le Canarien” omiten la cuantificación de los efectivos poblacionales, limitándose a afirmar que:

“... los habitantes son en poco número...”

(Le Canarien, [1965]:136)

Los testimonios escritos posteriores a la Conquista ofrecen noticias muy contradictorias, incluyendo totales demográficos inaceptablemente altos frente a estimaciones a la baja, asimismo poco admisibles. Los efectos nocivos de la desarticulación de la sociedad indígena (óbitos de guerra, esclavitud, enfermedades); la implantación de un régimen señorial de corte bajomedieval, así como

la incidencia de condicionantes naturales influyeron muy negativamente en los rasgos demográficos de la nueva sociedad, bajo la forma de sequías, malas cosechas, hambrunas, epidemias y migraciones a otras islas. La considerable merma de efectivos humanos hace comprensible una cifra de pobladores tan reducida como la apuntada por G.E. da Zurara, a mediados del siglo XV:

“... en la isla de Fuerteventura moraban LXXX hombres.”

(G.E. da Zurara, [1949]:351)

Tampoco el dato aportado por J. Abreu Galindo respondería a la realidad, quizá como consecuencia del extenso margen temporal transcurrido desde el período descrito o por confusión con otra isla del Archipiélago:

“... había en esta isla cuatro mil hombres de pelea” .

(J. Abreu Galindo, [1977]:60)

La ruptura de las condiciones de aislamiento impuestas por un territorio circunscrito favoreció un quebranto poblacional fundamentado en la introducción de factores bióticos e históricos desconocidos durante la Prehistoria, lo que hace desaconsejable conceder una representatividad excesiva -como elemento de referencia- a los totales demográficos suministrados por las fuentes posteriores a la Conquista.

Por otro lado, el dilatado horizonte de contacto entre la Europa mediterránea y las culturas aborígenes canarias, correspondiente a la fase conocida como de redescubrimiento (siglo XIV), supuso un período de frecuentes incursiones esclavistas al Archipiélago, acarreado la ruina demográfica de algunas islas como El Hierro o Lanzarote:

“... y solía estar poblada por muchas gentes, pero varias veces fueron presos y conducidos en cautiverio a países extraños, y hoy día quedan pocas gentes”.

(Le Canarien, [1959]:232)

Cartografiada en el portulano de 1339 del mallorquín Angelino Dulcert, el temprano conocimiento de Fuerteventura por parte de navegantes europeos y el extenso marco cronológico en el que se inscriben las expediciones genovesas, portuguesas, mallorquino-catalanas y castellanas, repercutirían -sin que nos sea posible precisar su alcance- en el esquilmo poblacional de la isla.

No obstante, y dejando a un lado la incidencia de estos factores exógenos cuyos efectos se restringen a la fase más tardía de la Prehistoria mayorera, algunos autores han realizado estimaciones teóricas de los efectivos demográficos en Fuerteventura, calculados en función de las características ecológicas del entorno insular, o aplicando coeficientes de densidades de población correspondientes a áreas desérticas o semidesérticas. Las cifras propuestas no superan el millar de individuos, en unos casos, y llegan a los 3.000 en otros, siendo improbable una cantidad de habitantes superior a ésta. Ni el número y tamaño de los asentamientos prehistóricos documentados permite suponerlo, ni la economía netamente pastoril de la sociedad mayorera posibilitaría el mantenimiento de una población mayor, a la vez que el sistema de organización sociopolítica de corte tribal es consustancial a la debilidad demográfica.

Estos valores sólo poseen un carácter hipotético, pues a la incapacidad de verificarlos se unen las oscilaciones cuantitativas a las que indefectiblemente estuvo sometida la población isleña.

Otro aspecto importante y del que poco conocemos es el relacionado con las prácticas de control del crecimiento poblacional, necesariamente adoptadas ante las importantes constricciones ambientales y las limitaciones en recursos impuestas por el ecosistema mayorero. Muy vulnerables a las fluctuaciones extremas del entorno

y a las catástrofes ecológicas -sequía, plagas, etc- todas las comunidades asentadas en territorios insulares desarrollan un conjunto de mecanismos e instituciones culturales dirigidas a mantener los niveles de fertilidad por debajo del potencial biológico o a reducir el tamaño de la población.

Entre ellas hemos de citar la exogamia de linaje, que limita el porcentaje de matrimonios posibles e incrementa el número de individuos solteros; la prolongación de la lactancia, que asociada a dietas ricas en proteínas y pobres en carbohidratos propias de culturas pastoriles, impide la acumulación de grasa corporal y conduce a procesos de anovulación u ovulación irregular; y el infanticidio femenino, como uno de los procedimientos de control demográfico más frecuentes, que además se documenta en las islas de Gran Canaria, La Palma e, indirectamente, Lanzarote. Constituyen prácticas culturales susceptibles de haber sido adoptadas por la población majorera en el intento de equilibrar el volumen de recursos disponibles con los totales demográficos, o lo que es lo mismo, mantener las cifras de población por debajo de la capacidad sustentadora del territorio.

La guerra representa otro de los procedimientos utilizados por las culturas insulares como válvula de escape a las tensiones generadas por la presión demográfica. No existe ninguna duda acerca del carácter belicoso y guerrero de las sociedades prehistóricas canarias, manifestado por la dura resistencia que oponen a los conquistadores europeos y por las frecuentes luchas intestinas dirimidas entre fracciones tribales en Tenerife, Gran Canaria, La Palma o La Gomera. En Fuerteventura, los cronistas normandos dan testimonio de los cruentos enfrentamientos que azotaron la isla en fechas anteriores a su arribada:

“Y lo cierto es que hay en aquella isla de Erbania dos reyes, que pelearon largo tiempo entre ambos, en cuya guerra hubo por varias veces muchos muertos, tanto que están muy debilitados”.

(Le Canarien, [1959]:284)

A la luz de la información etnohistórica no parece descabellado afirmar que el estado de violencia y guerra endógena experimentado en Fuerteventura en los umbrales de la Conquista fuese consecuencia de una situación de *stress* poblacional y del desequilibrio entre los recursos disponibles y el número de habitantes, motivado por los efectos ecológicamente devastadores de la especialización ganadera y el pastoreo intensivo.

La intensidad y fiera de los combates provocarían una elevada tasa de mortalidad y alentaría -en palabras de M. Harris (1981; 1986)- la práctica del infanticidio femenino, pues de la crianza de un mayor número de varones frente al de mujeres depende el éxito militar, al incrementar la cantidad de hombres dispuestos para el combate. Esta simbiosis entre guerra e infanticidio femenino ha sido detectada en numerosas culturas insulares, por lo que, a la vista de las referencias escritas y de los paralelismos existentes en el Archipiélago, podría no resultar extraña a la Prehistoria de Fuerteventura.

LOS MODELOS DE ASENTAMIENTO

La distribución geográfica de los asentamientos prehistóricos sobre el territorio mayorero obedece a la necesidad de maximización del aprovechamiento del medio y de explotación de recursos con el menor esfuerzo posible. El modelo de asentamiento dominante en la isla, en cuanto a frecuencia y magnitud, corresponde al ubicado en las márgenes de los barrancos, especialmente en la vertiente oriental de la isla.

Se trata de poblados de superficie constituidos por un número variable de construcciones en piedra seca, cuyo predominio confirma las noticias aportadas por “Le Canarien”:

“Tienen gran número de aldeas y viven más reunidos que los de la isla de Lanzarote”.

(Le Canarien, [1959]:248)

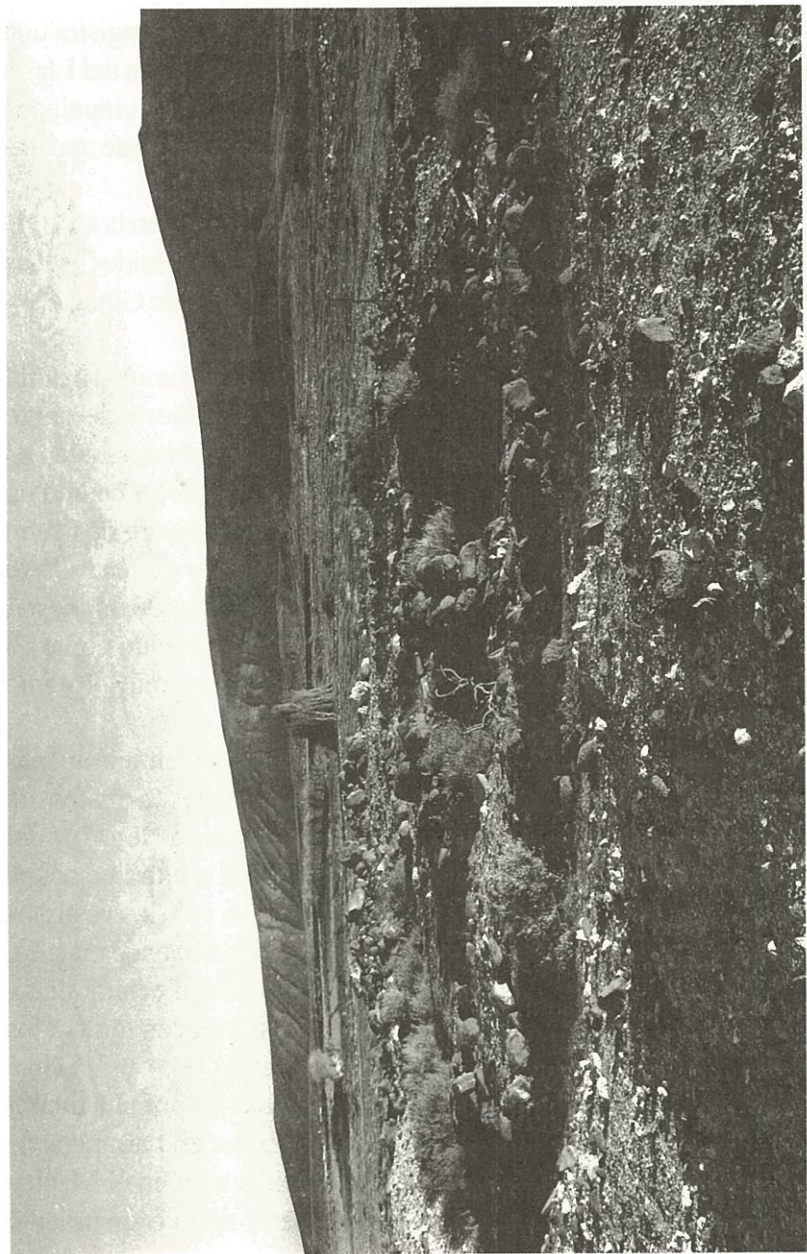
Los poblados se hallan siempre próximos a manantiales que nacen en las elevaciones montañosas colindantes o que afloran en el propio escarpe basáltico del lecho, pues el suministro de agua potable para consumo humano representa uno de los factores determinantes en la elección de los asentamientos. Se aprecia igualmente una predilección hacia áreas caracterizadas por la buena calidad de las tierras, en especial los fondos de valles y barrancos, cuyo ambiente húmedo favorecería la práctica agrícola, la explotación de palmerales e, incluso, la recolección de especies vegetales silvestres.

En ocasiones, los enclaves habitacionales ocupan emplazamientos elevados -en los interfluvios o en las laderas del cauce- obedeciendo a las necesidades de control estratégico del

territorio y a la búsqueda de un amplio campo visual que permita un dominio efectivo sobre recursos vitales, los pastos o los movimientos del ganado, así como la prevención de ataques enemigos. Los asentamientos localizados en zonas llanas se hallan interconectados con núcleos menores, dependientes de aquéllos y con evidente funcionalidad estratégica.

Por último, su posición centralizada respecto a las distintas zonas de pastoreo en la isla -pastoreo de costa, de montaña y de llanura- minimiza los esfuerzos requeridos para el desplazamiento del ganado y de los pastores, mientras que la proximidad al mar de la mayoría de los poblados de barranco (entre dos y cinco kilómetros, aproximadamente), posibilitaría un aprovechamiento habitual de los recursos marinos, testimoniado por la abundancia de restos malacológicos -lapas, mejillones, *conus*, etc- acumulados en los yacimientos majorereros. La cercanía del océano explica la ausencia casi total de asentamientos litorales permanentes, pues las bases de subsistencia giraban en torno a la ganadería, mientras que la recolección marina constituía una actividad complementaria.

Avalada por la abundancia de vestigios constructivos y por las aceptables condiciones medioambientales del entorno -riqueza en agua, diversidad de recursos, facilidad de comunicación con el interior de la isla- no dudamos en afirmar que el área de asentamiento más importante correspondería a la cuenca del Bco. de Antigua-la Torre, que conforma un complejo arqueológico diseminado sobre una gran extensión de terreno, cuyas primeras referencias son recogidas en el siglo XIX por autores como R.F. Castañeyra, S. Berthelot y R. Verneau. Diversos grupos de construcciones se reconocen en Alares, hacia el extremo oriental del valle; en Rosita del Vicario, yacimiento que fue objeto de excavación en la década de los 40, con el hallazgo de una gran estructura circular; y en los Corrales de la Torre, donde se atestigua la presencia de construcciones enterradas, módulos circulares adosados, viviendas y recintos de estabulación.



Yacimiento de El Junquillo, Bco. de la Torre.

Dominando el valle desde la margen izquierda, se registra una notable concentración de yacimientos situados en los altos del Llano de la Cancela, Llano del Morrito y Morro de la Cancela, vinculados también con el importante poblado de Mirafior, en la vertiente opuesta de la divisoria, dirección norte.

El resto de los principales asentamientos ubicados en la fachada oriental de la isla se escalonan de norte a sur, distribuidos en las diferentes cuencas y barrancos: Bco. de Tinojay, Bco. de Guisgüey y Bco. de la Herradura.

Avanzando hacia el sur, encontramos una nueva unidad natural -el valle de Río Cabras- rodeado por formas de relieve de cierto desarrollo. En ella se observan diversos núcleos habitacionales en las localidades de Majamanca, Tesjuate, El Cuchillite, así como en las propias márgenes del barranco. Destaca el yacimiento de Lomo Lesque, que desde una posición elevada domina el valle en toda su extensión. Entre el Bco. de Río Cabras y el Bco. de la Torre, encontramos un nuevo asentamiento en el lugar conocido como El Manadero, en la margen izquierda del Bco. de la Muley, muy próximo a una fuente aún viva.

En la inmensa planicie meridional de Fuerteventura apenas existen testimonios arqueológicos sobre poblados o restos de habitación. Salvo los conjuntos de La Atalayita (Pozo Negro) y del Bco. del Valle de la Cueva, con un tipo de hábitat mixto que ocupa una zona de malpaís encajada en sendos barrancos, sólo los vestigios aislados y las escasas referencias orales conforman el bagaje material documentado en una región de notable potencialidad económica y dotada de una amplia red de drenaje que se desarrolla en torno a los valles de Gran Tarajal, Giniginámar y Tarajalejo.

La vertiente occidental de la isla se caracteriza por una menor densidad de unidades de poblamiento, localizados en barrancos de mayor profundidad y pendientes abruptas, excavados en el Macizo de Betancuria. Asimismo cuentan con un mejor aprovisionamiento

hídrico y un mayor grado de aislamiento. Sobresalen los importantes yacimientos del Llano del Sombrero y de Los Corrales de la Hermosa. El primero, señalado por ser uno de los más tempranamente conocidos en la historia de la Arqueología mayorera, se ubica sobre un tablero pedregoso encajado entre los barrancos de Ajui y de la Peña, en las inmediaciones del manantial de la Madre del Agua. Lo conforman diversas estructuras aisladas y seis o siete construcciones de mayor magnitud agrupadas en torno a un gran recinto circular dividido en compartimentos internos y que la tradición designa como “Casa del Rey”.

Los Corrales de la Hermosa, en la ladera suroccidental de Mña. Cardones, constituye un complejo arqueológico integrado por unas catorce estructuras entre las que destaca un gran módulo circular dotado de dependencias interiores y de gruesos muros de piedra. Habiéndosele atribuido una funcionalidad defensiva, la originalidad de esta construcción, la posible presencia de túmulos en el yacimiento y las noticias acerca del hallazgo de restos humanos permiten suponer un carácter no exclusivamente habitacional.

Otros yacimientos de interés se localizan en el Bco. de Esquinzo (Tindaya) -muy próximo a la costa-; en el Tablero del Golfete (El Cigarrón), en el Bco. de Ayamas (Pájara), así como en el interior de los límites del campo de tiro de Pájara, donde R.F. Castañeyra menciona el poblado de “Los Corrales de los Maxos”, en el Bco. de Vigocho. Tampoco debemos olvidar algunos de los valles más munificentes de la isla -Betancuria, Río Palmas, Pájara- en los que no se han hallado asentamientos de importancia, pero que cuentan con referencias orales sobre hallazgos aislados además de un temprano poblamiento tras la Conquista. La continuidad habitacional y la reutilización permanente de las viviendas habría hecho desaparecer los vestigios prehistóricos.

En la Península de Jandía se observa un modelo de asentamiento similar, concentrado en los tramos medios de los valles y barrancos

de Sotavento, más desarrollados que en la vertiente opuesta y con cursos de agua casi permanentes durante todo el año. Los poblados más notables se localizan en los barrancos de Pecenescal, Los Canarios, Esquinzo, Vinámar, El Ciervo, Gran Valle, Los Mosquitos, etc. En la zona de Barlovento, los asentamientos son más escasos y se ubican en áreas más próximas a la costa, sobresaliendo el conjunto arqueológico de Cofete, con agrupaciones de construcciones referidas como “casas de majos”; además de los yacimientos de Tablero Negro y Mña. Talahijas.

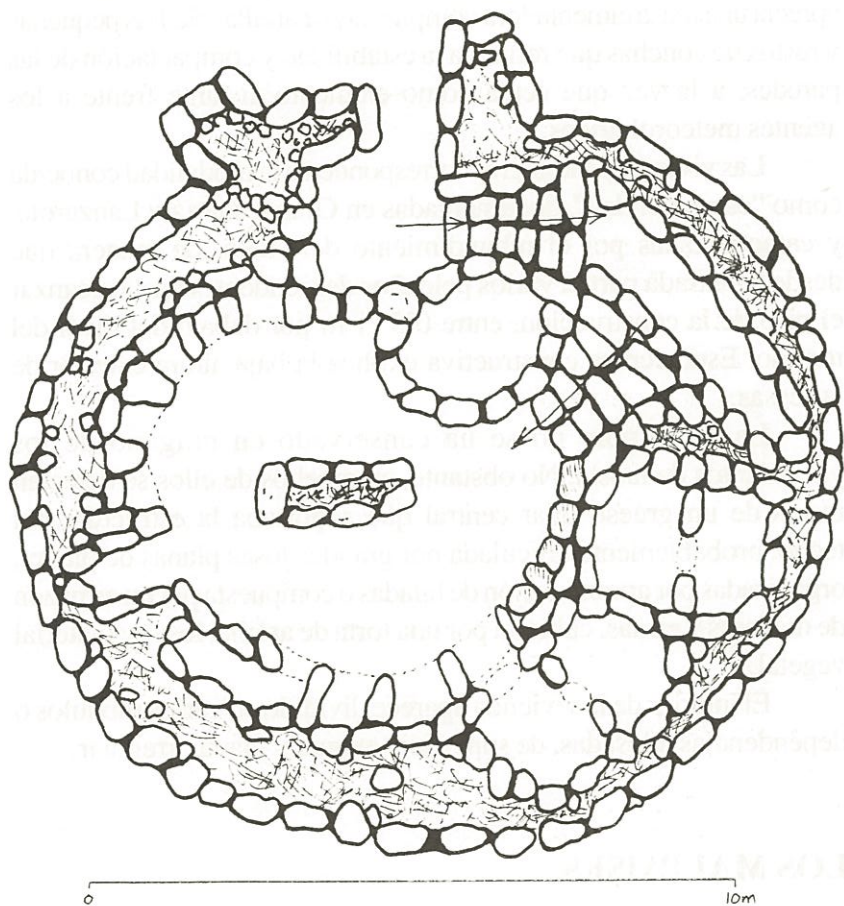
La vivienda de superficie representa el tipo de hábitat más frecuente en los asentamientos majoreros. Ocasionalmente aisladas y en la mayoría de los casos conformando pequeños núcleos de habitación integrados por 5-10 construcciones, además de estructuras anejas destinadas a estabulación u otras actividades indeterminadas, las viviendas prehistóricas son descritas por las fuentes:

“Las casas de su morada eran de piedra seca y fuertes, y las puertas angostas y pequeñas, que apenas cabía una persona por la entrada”.

(J. Abreu Galindo, [1977]:57)

Los vestigios constructivos conservados en los poblados de la isla, así como las características morfológicas de la construcción excavada en el yacimiento de El Junquillo -correspondiente a una vivienda aborígen y no a una torre-fortaleza del siglo XV, como se ha supuesto hasta ahora- permiten determinar los rasgos más significativos de este tipo de hábitat.

La planta suele ser de tendencia circular u oval, con unas dimensiones variables que oscilan entre los 3-5 m para las más pequeñas, hasta los diámetros superiores a los 10 m. El aparejo constructivo se fundamenta en la utilización de la piedra seca, con sillares dispuestos verticalmente en la primera hilada, sobre la que se colocan bloques menores en disminución. Los muros exteriores



Vivienda excavada en El Junquillo (Bco. de la Torre), según S. Jiménez.

poseen un grosor considerable y los vanos, escasos, se limitan al estrecho hueco de acceso al interior, que raras veces supera 1 m de ancho. Si bien se ha venido afirmando la ausencia de argamasa en la fabricación de los muros, son numerosos los yacimientos donde se aprecia una masa cimentadora compuesta por arcilla, piedras pequeñas y restos de conchas que refuerza la estabilidad y compactación de las paredes, a la vez que actúa como elemento aislante frente a los agentes meteorológicos.

Las viviendas mayoreras corresponden a la modalidad conocida como “casas hondas”, documentadas en Gran Canaria y Lanzarote, y caracterizadas por el hundimiento del suelo, de manera que desde la entrada parten varios peldaños descendentes hasta alcanzar el piso de la construcción, entre 0'5 -1 m por debajo del nivel del terreno. Esta técnica constructiva explica la baja altura exterior de las casas.

La techumbre no se ha conservado en ninguno de los yacimientos de la isla. No obstante, en muchos de ellos se detectan restos de un grueso pilar central que soportaba la estructura del techo, probablemente articulada por grandes losas planas de piedra, organizadas por aproximación de hiladas o compuesta por un armazón de maderas y ramas, cubierta por una torta de arcilla, losas y material vegetal.

El interior de la vivienda aparece dividido en varios módulos o dependencias adosadas, de superficie exigua y planta irregular.

LOS MALPAÍSES

A pesar de presentar una densidad media-baja de asentamientos, los campos de lava recientes de Fuerteventura ofrecen una modalidad de hábitat muy peculiar, generalmente relacionada con una ocupación temporal y sujeta a un tipo de aprovechamiento económico -específico



Construcciones en el Malpaís Grande.

de los malpaíses- basado en la ganadería. Suele tratarse de pequeños grupos de construcciones en piedra, de reducido tamaño y tendencia circular, en las que se combinan los refugios para pastores con las estructuras de estabulación, documentándose con profusión en el Malpaís del Bayuyo, en el Malpaís Grande y en el Malpaís Chico. Su escaso acondicionamiento para la habitabilidad y su ubicación en un terreno agreste e incómodo para las exigencias de la vida cotidiana hacen dudosa una presencia humana permanente.

En otros casos, los asentamientos en el malpaís aparecen conformados por cuevas naturales -tubos lávicos- con un cierto acondicionamiento arquitectónico (muros divisorios y de protección) y una mejor adecuación para servir como vivienda. El Malpaís de la Arena y el Malpaís Grande registran la mayor abundancia de estas cavernas, popularmente conocidas como “cuevas de majos”, y entre las que destacan la Cueva de Villaverde, Cueva de los Pascuales, Cueva de la Aldeíta y Tisajoyre en el primero; y la Cueva de Risco Caído, Las Paredejas, y la del Castillejo en el segundo.

Por último, existen patrones de asentamiento mixtos en los que los poblados ocupan estrechas coladas de lava encajadas en barrancos, aprovechando su caudal hídrico. Los más importantes corresponden al poblado de La Atalayita (Bco. de Pozo Negro), integrado por tubos lávicos acondicionados, así como por construcciones en piedra seca de diversa tipología; y el poblado de Toneles (Bco. del Valle de la Cueva), con una organización y una morfología constructiva muy similar al anterior.

Para finalizar, hemos de señalar que junto a la utilización ganadera de los malpaíses, son admisibles otras explicaciones para esta modalidad de asentamiento. La fragosidad y aspereza de las superficies volcánicas recientes los acreditan como lugares idóneos para servir de refugio ante los peligros emanados de la guerra intertribal o de las tardías incursiones de navegantes europeos con



Principales asentamientos mayoreros.

finés esclavistas. La proliferación de oquedades y cuevas facilitaría la huída y el escondite, en una práctica confirmada por “Le Canarien”:

“... (los normandos) suponían que en un país escabroso que veían a cierta distancia en el campo debía haber gentes... y ordenó que recorriesen todo aquel mal país”.

(Le Canarien, [1959]:142)

UNA ECONOMÍA PASTORIL

A juzgar por la información contenida en las referencias etnohistóricas y por la abundancia de restos de osamentas animales en los yacimientos mayoreros, el pastoreo constituyó la actividad económica principal y la más importante fuente de recursos alimenticios entre los antiguos pobladores de la isla. Los cronistas normandos apuntan unas cifras de ganado muy elevadas, que en una de las versiones de “Le Canarien” es incluso duplicada:

“El país está lleno de cabras... y cada año se podrán, de hoy en adelante, tomar 30.000 cabras...”

(Le Canarien, [1965]:134)

Hasta tal punto su número llamó la atención de cronistas e historiadores, que L. Torriani lo utiliza como argumentación etimológica para justificar la supuesta denominación pliniana de la isla: *Capraria*.

No pocos investigadores han puesto en tela de juicio los datos aportados por la crónica de la Conquista, ante la aparente imposibilidad de mantener una cabaña ganadera de tal magnitud en un entorno reducido y pobre, así como por la incapacidad de una población escasa para controlar y gestionar unos rebaños tan inmensos. Sin embargo, las fuentes escritas hacen referencia a unas cantidades similares de ganado en época histórica -salvo en los períodos prolongados de sequía- de lo que se colige el potencial ecológico de la isla para sostener una densa población animal en un medio degradado y bajo fórmulas de pastoreo tradicionales.

El extraordinario desarrollo de la ganadería durante la Prehistoria de Fuerteventura sólo puede ser entendido como consecuencia de un proceso paulatino de especialización e intensificación pastoril, producto de las estrategias adaptativas seguidas por los primeros pobladores tras su llegada desde el Norte de África. Entre las motivaciones que explican la adopción de unas pautas de subsistencia de signo ganadero, hemos de valorar el papel de la influencia cultural derivada del origen protobereber de la etnia majorera y de su notable tradición pastoril en el continente. Pero sobre todo, ha de entenderse como una adaptación directa a un medio ambiente de naturaleza esteparia, con una vegetación predominantemente herbácea y arbustiva, además de unas precipitaciones escasas e irregulares que imponen limitaciones severas a otras opciones productivas. El aprovechamiento ganadero representaría la fórmula de explotación más eficiente -a corto plazo- en un territorio donde los factores ecológicos obstaculizan la práctica agrícola regular o una intensa actividad recolectora de especies silvestres.

El incremento exagerado de la cabaña ganadera debe ser interpretado como un procedimiento de reserva de alimentos en vivo para hacer frente a las necesidades de subsistencia y para un intercambio recíproco entre unidades familiares que garantice el reparto equitativo de los recursos durante períodos de crisis. La vulnerabilidad de los rebaños de cabras y ovejas ante las condiciones climáticas desfavorables los convierten en un recurso altamente volátil, que puede crecer con rapidez bajo circunstancias adecuadas y ser diezmado con mayor celeridad en caso de sequía prolongada.

El mecanismo utilizado por las diversas culturas pastoriles para escapar a las repercusiones negativas de los desastres cíclicos consiste en mantener las dimensiones de los rebaños muy por encima de las necesidades inmediatas de la población. Sólo así se garantiza la conservación de una fracción mínima de aquéllos y su rápida

recomposición tras ser restablecidas las condiciones ecológicas propicias, en virtud del prodigioso potencial reproductivo de las especies.

Las circunstancias inherentes al proceso de especialización pastoril explican por qué en Fuerteventura -como en el resto de las sociedades ganaderas- las grandes dimensiones de los rebaños se acompañan de una manifiesta debilidad demográfica, pues el grupo humano ha de adaptarse, mediante prácticas de control del crecimiento de la población, a los episodios en que descienden las reservas alimenticias y se reduce el número de animales.

La adopción de unos patrones de subsistencia fundamentados en la ganadería acarrearía, a largo plazo, unas consecuencias desastrosas para el entorno, en tanto que el pastoreo intensivo basado en la especie caprina supone una estrategia ambientalmente destructiva, debido al sobrepastoreo y al asolamiento de la cubierta vegetal, así como por la superpoblación animal, que acentúa sus efectos nocivos. La capacidad depredadora del ganado caprino en una zona de escasas precipitaciones repercutiría inexorablemente en la aridificación del territorio, erigiéndose en principal factor desencadenante de la secular aridez de la isla y del fenómeno de extinción de numerosas especies florísticas.

Durante el horizonte prehistórico epigonal, el deterioro ambiental y la inmensidad de los rebaños habría conducido a una situación de *stress* poblacional y a una radicalización de la competencia intertribal por el dominio de los pastos, el agua y el ganado, reflejada en los feroces conflictos bélicos documentados por los cronistas.

CABRAS, OVEJAS Y CERDOS

Pocas dudas parecen existir en torno al papel destacado de la cabra en la ganadería prehistórica de la antigua *Erbania*:

“El país está lleno de cabras...”

(Le Canarien, [1965]:134)

El refrendo de los hallazgos arqueológicos en diversos yacimientos de la isla confirma su predominio numérico, identificándose con la subespecie *Capra hircus* Linn, a juzgar por el tipo de cornamenta -estreptocera o espiral- y por comparación con la conocida en Lanzarote. Somáticamente capacitada para largos desplazamientos sobre terrenos áridos y pedregosos (talla corta, ubre pequeña y globosa), la importancia de la cabra en la cultura majorera radica en su extraordinaria resistencia a la sequía y sus aptitudes para el aprovechamiento de pastos de baja calidad o muy degradados. No obstante, un régimen alimenticio precario determina una reducida producción láctea, aportando una razón adicional que justifica la abundancia de ganado en la isla, necesaria para asegurar la demanda familiar de leche y sus derivados.

La especie ovina no aparece citada por ningún cronista ni su presencia contrastada arqueológicamente, lo que no descarta su inclusión en la cabaña prehistórica insular; ya sea por tratarse de una variedad de oveja sin lana (salvo en el rabo), documentada en el Norte de África y fácilmente confundible con la especie caprina, mencionada por A. Sedeño para Gran Canaria; ya por constituir un animal minoritario en los rebaños majoreros por su peor adaptabilidad a condiciones ecológicas particularmente duras.

La denominación aborígen del cerdo -*ylfe*, según J. Abreu Galindo-, así como los restos de suidos encontrados en la Cueva de Villaverde confirman su importancia cualitativa en la economía de la isla y su rol de aprovisionamiento cárnico:

“Los mantenimientos eran... puercos y cabras...”

(Ovetense, en F. Morales, 1978:110)

Estarían confinados en zonas frescas -barrancos, interior de cuevas- o incluso sometidos a un régimen de asilvestramiento, una práctica que perduró tras la Conquista a tenor de las alusiones de los Acuerdos del Cabildo mayorero referidas a “cerdos salvajes” o “cochinos de monte”.

LAS FÓRMULAS DE PASTOREO: GANADO DOMÉSTICO, GANADO SALVAJE

La información de las fuentes etnohistóricas pone de relieve la presencia en Fuerteventura de dos tipos de ganado cuya diferenciación residiría tanto en la fórmula de control ejercida sobre el mismo como en sus características somáticas, derivadas de su respectiva especialización: lechera en un caso, y cárnica en el otro:

“El país está lleno de cabras, tanto domesticadas como salvajes...”

(Le Canarien, [1965]:134)

La dicotomía ganado doméstico/ganado salvaje -frecuente en el resto de las culturas canarias- configura un sistema de pastoreo que contribuye a clarificar la aparente contradicción creada por la existencia de una inmensa cabaña ganadera y el débil contingente humano disponible para su cuidado, pues buena parte de los animales no estaría sujeto a control alguno.

El ganado doméstico, atendido directamente por el pastor y ordeñado de forma regular, se orientaría a la satisfacción de las necesidades alimenticias de la unidad familiar. La práctica pastoril sobre este tipo de animales se fundamentaba en el acompañamiento diario de la manada por parte de los pastores y su recogida al finalizar la jornada. La estructura geomorfológica de Fuerteventura, caracterizada por una orografía poco abrupta y un relieve dominado

por valles y planicies intercalados entre alineaciones montañosas de escaso desarrollo, propicia -en contraste con otras islas- una circulación horizontal de los rebaños, centralizada en torno a los asentamientos y los puntos de abastecimiento hídrico. El grado de movilidad experimentaría variaciones estacionales, con un mayor radio de acción durante el período estival de agostamiento del manto vegetal y la búsqueda de especies forrajeras en las zonas más frescas y húmedas: montañas, malpaíses y márgenes de barrancos.

Poco sabemos acerca de las dimensiones de los rebaños domésticos, cuya cifra oscilaría entre las 50 y 200 cabezas/familia, si bien la existencia de mecanismos de cooperación suprafamiliares en las culturas pastoriles hace difícil precisar el tamaño medio del rebaño. Las tareas de abrevamiento se efectuarían en manantiales, en barrancos de cierto caudal o mediante el aprovechamiento del agua infiltrada en el lecho arenoso de algunos cauces, explotada a través de la apertura de pequeños pozos o *eres*, de tradición norteafricana.

Además del acompañamiento diario y la vigilancia estrecha del rebaño, habría existido en la isla una práctica ganadera -muy arraigada en época histórica- conocida como “pastoreo de suelta”. Su rasgo distintivo es la ausencia de un control permanente sobre los animales, que deambulan libremente tras la suelta hasta su posterior recogida, bien al atardecer, bien en los días sucesivos.

El sistema de suelta era posible merced a la escasa vegetación y a las peculiaridades del relieve que favorecerían una guarda a distancia desde puntos elevados, con un amplio campo visual sobre grandes extensiones. Esta fórmula de pastoreo obligaría a una perfecta compenetración entre el pastor y el ganado para distinguir de las ajenas las reses de su propiedad, basándose no sólo en las “marcas” o *teberite* -como se conocen actualmente- sino en sus caracteres somáticos -tamaño, color, forma de los cuernos, etc- según testimonia A. de Espinosa para Tenerife:

“... y para ahijar el ganado, aunque sean mil reses paridas, conocen la cría de cada cual y se la aplican”

(A. de Espinosa, [1980]:44)

Finalmente, los cronistas mencionan una variedad ganadera, calificada de “salvaje” o *guanil*, en apariencia diferenciada del ganado de suelta, que gozaría de un régimen de absoluta libertad, estando sujeta a un control mínimo y esporádico. La costumbre de mantener ejemplares pertenecientes a especies domesticables en un estado de semisalvajismo se hallaba muy arraigada en el Archipiélago, registrándose el término *guanil* en islas como Tenerife, El Hierro, Lanzarote, Gran Canaria o La Palma; y habiendo pervivido en Fuerteventura hasta la actualidad, en que es conocido como “ganado de costa”:

“El ganado desta isla de Fuerteventura es el más sabroso de todas las islas; el cual anda suelto por toda la isla...”

(J. Abreu Galindo, [1977]:59)

Sólo admitiendo que parte de la cabaña ganadera prehistórica se hubiese mantenido en estado silvestre, reproduciéndose de forma espontánea, son explicables las cifras de animales propuestas por “Le Canarien”. La explotación de la cabra salvaje se destinaría a servir de reserva alimenticia en épocas de penuria; como base de reposición de las pérdidas en los rebaños domésticos; y para el aprovechamiento de la carne y las pieles, ya que la ausencia de ordeño convierte a la variedad *guanil* en mala productora de leche.

A tenor de las noticias proporcionadas por J. Abreu Galindo y por los Acuerdos del Cabildo mayorero del siglo XVII, que recogen indicios acerca de una tradición cultural de origen prehistórico pervivente en la isla, la gestión y el escaso control ejercido sobre el ganado salvaje se efectuaba mediante el sistema de “apañadas”:

“(El ganado) *anda suelto por toda la isla; y cuando querían tomar algún ganado, se juntaban y hacían apañadas que llaman gambuesas*”.

(J. Abreu Galindo, [1977]:59)

El concepto de apañada comprende las labores de reunión de los animales silvestres o sueltos y su concentración en vaguadas o estrechos barrancos donde se levantaban amplios corrales o espacios acotados por muros de piedras -denominados *gambuesas*- en los que quedaban reclusos. Los pastores recorrían valles, laderas y montañas agrupando las reses *guaniles*, así como el ganado doméstico perdido como consecuencia de la práctica de la suelta. Una vez juntado, se procedía a la retirada y castrado de los baifos (para favorecer el engorde), dejándolos nuevamente en libertad. También eran seleccionados los animales destinados al sacrificio, y devueltos a sus propietarios los extraviados y recuperados.

Las apañadas constituían una tarea colectiva en la que colaboraban las unidades de parentesco integradas en una misma fracción tribal. Además poseían un cierto carácter ceremonial de reforzamiento de los lazos de solidaridad entre estos grupos, acompañándose de prácticas de redistribución de alimentos, festines comunales y sacrificios a las divinidades.

El ganado *guanil*, carente de marca y por tanto de propietario individual, gozaría de un régimen de apropiación comunitario, siendo gestionado por el conjunto de pastores pertenecientes a cada fracción tribal, lo que comportaría un sistema de reparto equitativo de las reses para el aprovisionamiento de las familias.

LOS PASTOS

Hablar de zonas específicas de pasto en el contexto de la cultura aborígen de Fuerteventura, caracterizada por su naturaleza

esencialmente ganadera, carece de demasiado sentido. La mayor parte de la superficie insular conformaba un territorio aprovechable en potencia para la alimentación de los rebaños. Los numerosos hallazgos de construcciones pastoriles (paraderos, corrales, refugios) en los malpaíses de la isla acreditan su condición de áreas forrajeras por excelencia. Beneficiados por la condensación de la humedad ambiental en los resquicios y hendiduras de las coladas lávicas, proliferan en estos terrenos especies vegetales de gran valor como pasto: tabaiba dulce (*Euphorbia balsamífera*), saladillo (*Atriplex glauca*) y espino (*Lycium intricatum*).

Algunos malpaíses majorereros (el Malpaís Chico, p.e.) aparecen rodeados en todo su perímetro por un muro de piedras de adscripción cronológica incierta, pudiendo obedecer a la necesidad de acotar una zona de pastoreo bajo régimen de suelta y evitar la salida del ganado.

Los sectores de relieve como el Macizo de Betancuria o los “cuchillos” orientales, definidos por su riqueza acuífera y por una notable variedad florística, son propicias para el sostenimiento de una nutrida cabaña ganadera, con una vegetación potencial que incluye especies arbóreas y arbustivas -hoy extintas- por encima de los 400 m.

Por último, la Península de Jandía goza de la reputación de ser la zona de forrajeo tradicional más importante de Fuerteventura. Sus formaciones montañosas acogen la mayor concentración de manantiales de toda la isla y una cubierta vegetal rica y diversa -con vestigios de bosques termófilos- a la par que un potencial biológico superior al del resto del territorio. Históricamente utilizada como dehesa, la abundancia de yacimientos prehistóricos, la tradición pastoril de Jandía y su riqueza natural, ha llevado a autores como A. Tejera y R. González (1987a) a calificarla de “isla ecológica” y última reserva de pasto bajo condiciones de extrema sequía.

La función de reserva ecológica y alimenticia de la población aborigen y de sus rebaños justificaría la necesidad de delimitar el

territorio y protegerlo mediante la construcción de un muro de piedras -la Pared de Jandía- extendido a lo ancho del istmo que separa la península del resto de la isla, en una longitud de 5-6 km.

LOS DERIVADOS ALIMENTICIOS: CARNE, LECHE, SEBO

La importancia de la ganadería entre los antiguos majoreros tiene su reflejo en la dieta prehistórica, fundamentada en el consumo de leche, queso, carne y sebo, tal y como atestiguan las fuentes literarias:

“... dicen que su alimento era leche, mantequilla y carne seca...”

(L. Torriani, [1978]:74)

La leche (*aho* o *achemen*), tomada sola o mezclada con otros alimentos vegetales y animales, se obtenía del ordeño diario de las cabras domésticas, correspondiendo el máximo de volumen de producción láctea a la época de los partos -coincidente con la temporada invernal de lluvias- para ir disminuyendo progresivamente hasta fijar un mínimo durante la preñez de las hembras. El fenómeno de subproducción de leche, motivado por las duras condiciones a que está sometido el ganado, es un factor coadyuvante para entender el elevado número de ejemplares presentes en la isla.

La leche se utilizaba asimismo para la elaboración del queso, como procedimiento para almacenar durante largo tiempo el excedente lácteo:

“Están bien provistos de quesos, que son sumamente buenos... están hechos solamente con leche de cabras”.

(Le Canarien, [1959]:250)

La carne constituía otro de los alimentos esenciales de la dieta mayorera y objeto de un extraordinario consumo, subrayado por la crónica normanda:

“... y sólo viven de carne, de que hacen grandes reservas sin salarla, y las suspenden en sus viviendas y la dejan secar hasta que está bien seca y después la comen...”

(Le Canarien, [1959]:248)

Junto al sacrificio de los animales más viejos, de los baifos no destinados a la procreación y de las reses menos productivas, la población isleña recurriría al ganado *guanil* como fuente cárnica principal, especialmente ejemplares machos adultos. La obligación de conservar la carne obedecería a varias causas, entre ellas la necesidad de acopio de un recurso básico ante posibles episodios de crisis, o a la disimetría existente entre la frecuencia de los sacrificios y el ritmo de consumo por parte de los grupos familiares.

La técnica del secado al sol es un procedimiento que ha pervivido residualmente en la isla y que cuenta con un gran arraigo en el ámbito bereber, donde la carne es también suspendida en el interior de las viviendas. Más sorprendente resulta la no utilización de la sal en las fórmulas de conservación cárnica, por hallarnos en una isla que destaca por la abundancia de depósitos litorales de sal. No obstante, la elevada concentración salina del aire en Fuerteventura -debido a la acusada influencia marítima- produciría sobre la carne oreada unos efectos semejantes a los derivados del uso de sal mineral.

La ingesta habitual de sebo o grasa animal es igualmente ratificada por los cronistas de J. de Béthencourt:

“Tienen gran abundancia de sebo, y lo comen con tanto gusto como nosotros el pan”

(Le Canarien, [1959]:250)

Es éste un alimento muy apreciado en todas las culturas pastoriles, no sólo en virtud de una preferencia culinaria, sino por la necesidad de consumir productos que aporten energía calórica en el contexto de una dieta excesivamente proteica y de bajo nivel en hidratos de carbono, máxime si se confirma la ausencia de agricultura cerealística en la isla. La grasa era almacenada en vasos cerámicos donde se conservaba durante mucho tiempo, merced al cocinado o hervido previo. Algunas de estas vasijas conteniendo sebo han sido halladas en diversos yacimientos majorereros. Además de su importancia alimenticia, la grasa animal sería utilizada como remedio curativo en personas y animales:

“Si acaso enfermaban... sajábanse con pedernales muy agudos donde les dolía y se quemaban con fuego; y allí se untaban con manteca de ganado... que era su mejor mantenimiento y la enterraban en gánigos...”

(J. Abreu Galindo, [1977]:57)

El elevado porcentaje proteico de la dieta, esencialmente carnívora, habría propiciado el gran desarrollo corporal de la población majorerera, en el que coinciden la mayoría de cronistas e historiadores y al que hemos aludido en un capítulo anterior.

LA INCÓGNITA AGRÍCOLA

Los cronistas de “Le Canarien” inciden en varios pasajes de la obra en el desconocimiento o la inexistencia de la agricultura entre los antiguos majorereros durante el horizonte cronológico correspondiente al período de contacto con la Baja Edad Media europea:

“... sólo viven de carne y de leche...”

(Le Canarien, [1965]:136)

Autores posteriores corroboran estas noticias:

“... dicen que su alimento era leche, mantequilla y carne seca...”

(L. Torriani, [1978]:74)

La investigación arqueológica desarrollada hasta la fecha tampoco ha proporcionado indicios materiales que evidencien la práctica agrícola en la isla, constituyendo un fenómeno anómalo si se contrasta con otras culturas canarias como la de Gran Canaria -donde se documentan cultivos de regadío- o Tenerife, La Palma y La Gomera, en las que el papel secundario o el abandono de la agricultura se explican en función de la riqueza en recursos alternativos de sus respectivos entornos, en oposición a la pobreza y aridez del ecosistema mayorero.

Diversas son las hipótesis barajadas como causa de este comportamiento cultural en la antigua *Erbania*. Desde un supuesto poblamiento de la isla por grupos norteafricanos desconocedores del cultivo en sus zonas de procedencia, que representaría un caso excepcional en el proceso de colonización del Archipiélago; hasta una desaparición temprana motivada por el fracaso en la transferencia y adaptación de las especies cultivadas al nuevo entorno, ya sea por la escasez de semillas, por plagas o por los efectos de unas condiciones climáticas desfavorables. No obstante, resulta más verosímil abogar por un abandono progresivo de la agricultura y su reemplazo por otras formas de explotación de recursos, a tenor de los paralelismos detectados en las propias culturas prehistóricas canarias, así como en determinadas sociedades de signo pastoril.

En islas como La Palma, los estudios arqueológicos han revelado una notable concentración de cereales quemados en los estratos más antiguos, y su desaparición a partir del 700-800 d.C., posiblemente porque la riqueza del entorno proporcionaría una mayor eficiencia productiva mediante la recolección de especies silvestres comestibles, muy abundantes en la isla.

En el caso de Fuerteventura, el abandono de los cultivos habría sido fruto de un balance negativo en la relación costes/beneficios de la práctica agrícola, debido a la incidencia de factores ecológicos o porque otras actividades aseguraban la subsistencia con menor inversión de trabajo. Entre los factores ecológicos que dificultarían el desarrollo agrícola han de ser citados: la escasez de suelos fértiles, reclusos en los valles más importantes; la recurrencia de los fenómenos de sequía y la irregularidad del régimen pluviométrico, que representó el problema más grave para los campesinos isleños tras la Conquista; y, finalmente, los posibles efectos de las plagas de langosta o, incluso, de enfermedades fitopatológicas como la *alhorra*-endémica de la isla- que dificultaban la obtención de las cosechas.

Bajo estas condiciones ambientales desfavorables, la etnia bereber asentada en Fuerteventura, con una tradición ganadera muy arraigada en el continente, adoptaría una estrategia productiva basada en el pastoreo, mejor adaptado a este tipo de entornos y optaría por un abandono o reducción progresiva de las faenas agrícolas. El desmesurado crecimiento de la cabaña ganadera, la práctica del sistema de suelta y la presencia de rebaños *guaniles* supondría un obstáculo adicional a la viabilidad de la agricultura en la isla.

Tampoco es posible afirmar de forma taxativa una ausencia absoluta del cultivo, pues resulta admisible el mantenimiento de una mínima actividad agrícola con un papel secundario en la economía prehistórica.

LA RECOLECCIÓN VEGETAL

La irrelevancia de la agricultura en la cultura mayorera realzaría, por contra, la importancia de la recolección de especies silvestres en la alimentación, partiendo del supuesto de que toda comunidad humana asentada de forma prolongada en un nicho ecológico adquiere

un conocimiento exhaustivo de sus riquezas potenciales explotando plenamente los recursos que cubren sus necesidades vitales. Entre la amplia gama de variedades florísticas recolectables, la mayoría de ellas históricamente utilizadas como alimento, sobresale el cosco o cofe (*Mesembryanthemum nodiflorum*), muy extendido por toda la geografía insular. Con sus semillas se elaboraba un tipo de gofio consumido durante los períodos cíclicos de carestía. Asimismo podemos destacar el cenizo (*Chenopodium*); la avena salvaje o balango (*Avena fatua*), que aún hoy ocupa importantes áreas del territorio mayorero; la patilla (*Aizoon canariensis*), tradicionalmente aprovechada en el Norte de África; los alpistes (*Phalaris canariensis*); las cerrajas (*Sonchus*), y muchas otras plantas con las que se elaboraban harinas o eran ingeridas en fresco.

“COMÍAN SUS DÁTILES...”

El gran desarrollo que caracteriza a algunos de los palmerales mayoreros en la actualidad -Valle de Río Palmas, Bco. de Ajui, Bco. de Pájara, Bco. de la Torre, Río de Gran Tarajal- es fiel testimonio de la exuberancia de estas formaciones vegetales en época prehistórica. Los cronistas normandos aluden al palmeral más importante de la isla en los umbrales del siglo XV, Río Palmas:

“... al otro lado se halla un valle hermoso y unido en que había unas 800 palmeras... con arroyos de agua que corren por en medio...”

(Le Canarien, [1959]:140)

Integrados por palmeras canarias (*Phoenix canariensis*), autóctonas del Archipiélago, y por palmeras datileras (*Phoenix dactylifera*), variedad introducida en las islas desde fechas muy

remotas; ambas especies proporcionarían a la población indígena un alimento esencial en su dieta, los dátiles:

“... comían sus dátiles...”

(Le Canarien, [1959]:306)

El aprovechamiento de los palmerales durante la Prehistoria de Fuerteventura se vincula a la gran tradición arboricultora existente en el Norte de África en relación con este árbol frutal, por lo que hemos de suponer que se basaría en la explotación racional y en la aplicación de unos conocimientos y prácticas firmemente arraigadas en el bagaje cultural de la etnia aborígen, y no tanto en una actividad de recolección sobre palmeras silvestres. La curiosa organización del palmeral de Río Palmas -descrita por “Le Canarien”- parece ser ajena a un crecimiento espontáneo y sí propia de un cultivo intencionado:

“... y están por grupos de 100 y 120 juntas... de más de 20 brazas de altura tan verdes, tan enramadas y tan cargadas de dátiles...”

(Le Canarien, [1959]:140)

Es posible apreciar, incluso, analogías etnográficas con tribus bereberes como los *Ayt Atta*, habitantes del valle medio del Draa (Marruecos), cuyo alimento vegetal se basaba principalmente en los dátiles, debido al abandono del cultivo de la cebada a consecuencia de los repetidos episodios de sequía y de malas cosechas.

Los dátiles eran consumidos en fresco o almacenados mediante técnicas de secado documentadas en el continente, y constituyen un importante complemento energético en una dieta proteica. Representan un alimento idóneo para poblaciones pastoriles acostumbradas a una intensa actividad diaria y a desplazamientos más o menos largos.

PESCA Y APROVECHAMIENTO MARINO

Consideradas tradicionalmente como actividades complementarias de la ganadería y la agricultura, tanto el marisqueo como la pesca se encuentran documentadas en Fuerteventura por las fuentes escritas:

“Tienen gran abundancia de marisco en la costa, y muy bueno, de burgaos, percebes y clacas... Eran grandes nadadores, y a palos mataban los peces”.

(J. Abreu Galindo, [1977]:56)

La verificación de estas referencias literarias tiene su reflejo material en los numerosos concheros localizados en el litoral de la isla, así como en los asentamientos y poblados. Están conformados por acumulaciones de detritus de magnitud variable constituidas por caparazones de moluscos marinos, en especial lapas (*Patella candei*), burgados (*Monodonta sp.*), púrpuras (*Thais haemastoma*), mejillones (*Perna perna*) y otras especies; fragmentos cerámicos, utensilios líticos y restos de hogares.

Los concheros han sido interpretados como depósitos o basureros donde los moluscos eran concentrados y consumidos “in situ”; o incluso relacionados con actos de naturaleza cultural. Tampoco es descartable asociar su origen a un proceso de cocinado posterior a la recolección y realizado en la misma costa, para el posterior transporte de la porción comestible a los lugares de habitación y el abandono de las conchas. Una práctica análoga tiene lugar entre las poblaciones del litoral surmarroquí. No obstante, otro importante volumen de malacofauna era transportado a los poblados, normalmente emplazados en ubicaciones no muy lejanas al mar.

Utilizados como alimento complementario, su función nutricia adquiriría mayor relevancia en épocas de crisis, con el agotamiento de los recursos terrestres, al representar una fuente muy valiosa de proteínas y oligoelementos. Su abundancia en las islas orientales se debe a la gran riqueza biótica de la plataforma canario-sahariana, a la que pertenece Fuerteventura.

En cuanto a las especies pescadas -siempre peces de orilla- podemos citar el consumo de viejas (*Sparisoma cretensis*) -documentado arqueológicamente- y de otros spáridos, así como pejeperros, samas, bocinegros y morenas. La ausencia de especies pelágicas confirma la inexistencia de pesca de altura. Las alusiones de J. Abreu Galindo al empleo de palos en las faenas pesqueras han de estar necesariamente relacionadas con el sistema de “barbasco”, que consiste en atrapar los peces en charcos naturales o pequeñas calas cerradas por muretes de piedras. A continuación se disuelve en el agua la savia del cardón o de la tabaiba amarga, cuyas cualidades venenosas adormecen la pesca y facilitan su captura mediante el apaleamiento de las piezas.

LA ACTIVIDAD CINEGÉTICA

El menguado potencial faunístico de la isla de Fuerteventura reducía las posibilidades cinegéticas a algún tipo de mamífero acuático, aves, roedores, reptiles e invertebrados. La proverbial abundancia de foca monje o “lobos marinos” (*Monachus monachus*) en las islas orientales hasta el siglo XV -demostrada por la propia denominación del islote de Lobos- permitió su captura como fuente cárnica y de materias primas. En la Cueva de Villaverde fueron hallados restos óseos pertenecientes a esta especie, asociados a vestigios de suidos, cápridos, así como numerosos fragmentos cerámicos, líticos y malacológicos.

Igualmente cabe suponer la caza de aves como la pardela cenicienta o la avutarda, documentadas en yacimientos de la vecina isla de Lanzarote; además de lacértidos, cuyos restos han sido encontrados en el yacimiento de Mña. de la Muda.

LA CULTURA MATERIAL

La cultura prehistórica de Fuerteventura, como en las restantes islas del Archipiélago, se caracteriza por una tecnología rudimentaria basada en materias primas de origen mineral -piedra (industria lítica), arcilla (cerámica)- y materiales orgánicos: huesos, pieles y productos vegetales. El aislamiento secular a que está sometida la población insular condiciona la variabilidad de las manifestaciones de la cultura material, influida también por el tipo de materia empleado en su confección y por el bagaje cultural de la etnia colonizadora. Aspectos como la debilidad forestal del entorno mayorero conllevan la falta de desarrollo de una industria de la madera, al tiempo que la inexistencia de metales significó la pérdida de la tecnología metalúrgica y la revitalización de una industria lítica alternativa.

LA CERÁMICA

Los vasos cerámicos desempeñarían un papel destacado en la actividad culinaria, en el transporte de productos sólidos y líquidos, así como en su almacenamiento:

“Comían en gánigos de barro cocidos al sol, como cazuelas grandes”.

(J. Abreu Galindo, [1977]:58)

La fabricación de la cerámica constituía una tarea doméstica, elaborándose el utillaje familiar en función de las necesidades de

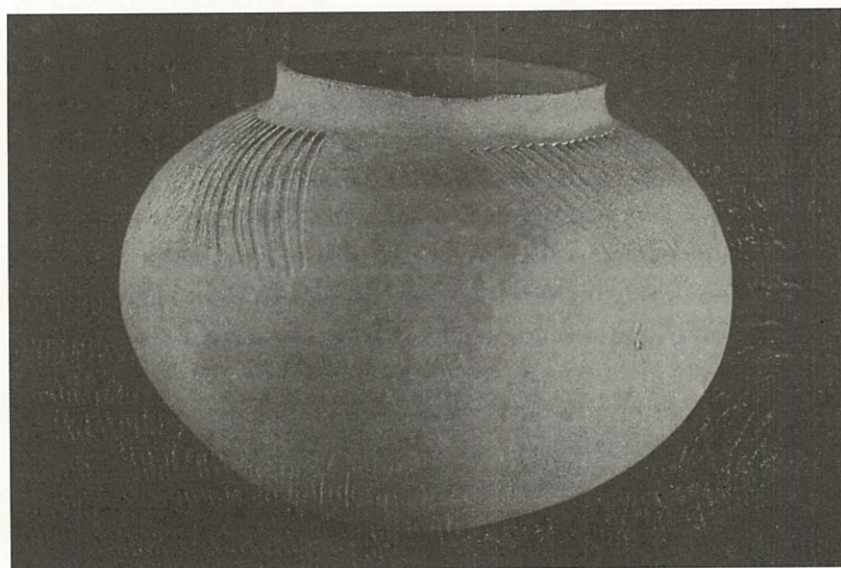
cada momento. Al igual que en las restantes islas, serían las mujeres las encargadas de su confección. Suele tratarse de una cerámica de gran tamaño destinada al almacenamiento de agua, leche, dátiles o sebo, utilizando tapaderas de arenisca para asegurar su mejor conservación.

Realizada a mano, ante el desconocimiento del torno alfarero, la fabricación de las vasijas se iniciaba con la selección de la arcilla, su limpieza y el añadido de los desgrasantes, cuya función es la de evitar el resquebrajamiento de la pieza durante el secado o la cocción. El procedimiento de modelado corresponde a la técnica del urdido -frecuente en el Norte de África- y consistente en la superposición sobre una base de barro de una serie de cilindros tubulares de arcilla hasta llegar a la altura deseada.

La superficie de la cerámica, muy rugosa, era alisada por medio del sistema de espátulado y, en general, carece de apéndices, salvo pequeños mamelones con fines decorativos. La decoración de los recipientes mayoreros suele cubrir el tercio superior de la panza y hombros, sin invadir ni el cuello ni el fondo. Los motivos predominantes son las incisiones geométricas de franjas y metopas de líneas paralelas, espigas encajadas, ondas, zig-zag, así como decoración impresa con motivos puntillados.

Se detectan dos grandes conjuntos cerámicos. El primero incluye cuatro tipos de vasijas: semiesféricas, troncocónicas, ovoides, y globulares, homogeneizadas por sus fondos cónicos. En el segundo conjunto, los fondos son planos.

Tras el secado al sol, la cocción tenía lugar en hornos rudimentarios excavados en el suelo, donde se depositaban las piezas y se cubrían con leña de combustión lenta. La coloración de las vasijas en Fuerteventura es predominantemente reductora (los recipientes tienen escaso contacto con el aire durante la cocción), con tonalidades negras y grisáceas. Los hallazgos en la Cueva de Villaverde y en la de los Ídolos (La Oliva) revelan una cocción deficiente e irregular.



Cerámica mayorera.

LA INDUSTRIA LÍTICA

Entre los instrumentos líticos de la Prehistoria mayorera incluimos los molinos circulares fabricados sobre fonolitas o sobre basaltos cavernosos y conformados por dos muelas, planas en la parte correspondiente a la superficie de frotación y convexas en la parte externa. Poseen un orificio central para permitir su engarce, de tal forma que la pieza inferior quede fija y pueda girar la superior. Ésta dispone de una serie de orificios donde encajan huesos o instrumentos de madera que le imprimen el movimiento de rotación o vaivén señalado por J. Abreu Galindo:

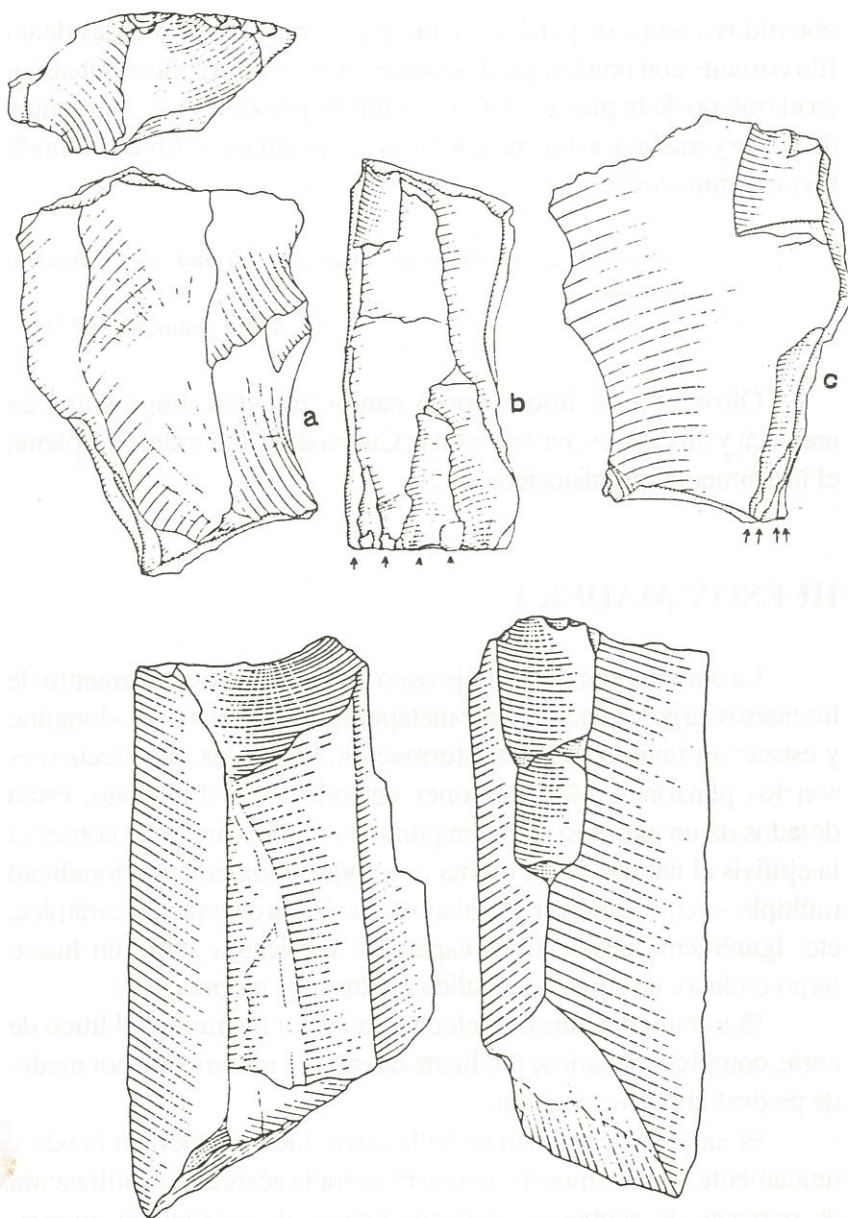
“... molían en unos molinillos de piedras, luyendo las piedras alrededor con un hueso de cabra”.

(J. Abreu Galindo, [1977]:58)

Sus dimensiones oscilan entre los 15 y 35 cm de diámetro y el producto a molturar era introducido por el agujero axial de la muela superior. Conocidos en el Norte de África en época púnica, su generalización se produjo durante la dominación romana.

Asimismo se documentan molinos naviformes tipo mortero, como los existentes en otras islas, así como molinos en miniatura (2-4'5 cm de radio) hallados en la Cueva de los Ídolos e interpretados, no tanto como juguetes, como en relación con una simbología ritual. La presencia de estos instrumentos de molienda no implica necesariamente un uso agrícola, ya que la función molturadora es aplicable a otros productos alimenticios o incluso relacionarse con actividades distintas a la alimentación.

En el inventario arqueológico de la isla se recogen diversos útiles líticos destinados a labores de corte, desgaste, perforación, etc, como las lascas o prismas de basalto (disyunciones columnares),



Instrumentos líticos (Cueva de Villaverde), según B Galván et alii.

obtenidos a golpe de percutor sobre piezas mayores y dotadas de un filo cortante con una longitud no superior a los 20 cm. Se emplearían en el trabajo de la piel, en la fabricación de punzones e instrumentos de hueso y madera, así como con fines terapéuticos. J. Abreu Galindo las denomina *tafiagues*:

“Servíanse de cuchillos de lajas de pedernal, que llamaban tafiagues”.

(J. Abreu Galindo, [1977]:61)

Otros objetos líticos como cantos rodados, fragmentos de arenisca y alisadores, hallados en la Cueva de Villaverde, completan el instrumental prehistórico.

HUESO Y MADERA

La elaboración del utillaje óseo parte del aprovechamiento de los huesos largos -generalmente metápodos de cápridos- cuya longitud y estructura favorecen la transformación. Los útiles más frecuentes son los punzones. Muy comunes en todo el Archipiélago, están dotados de un extremo distal en punta y uno proximal que conserva la epífisis al natural o con un ligero retoque. Con una funcionalidad múltiple, se emplearían en el trabajo de la piel, la decoración cerámica, etc. Igualmente destacan las espátulas, fabricadas sobre un hueso largo o plano, de superficie pulida y extremos redondeados.

El trabajo del hueso se efectuaría con el instrumental lítico de corte, complementándose mediante labores de frotamiento por medio de piedras abrasivas y arena.

El empleo de madera se halla poco documentado en la isla y únicamente disponemos de alguna referencia acerca de la utilización de garrotes de acebuche. Además hemos de suponer el aprovechamiento de hojas de palmera para la confección de diversos

artículos: tejidos, esteras, bolsas, recipientes, etc, en analogía a otras islas.

VESTIDO Y ADORNOS PERSONALES

El ganado es la fuente que aporta la materia prima para el vestido, descrito por los cronistas e historiadores y paralelizable a la vestimenta que, según los autores grecolatinos, usaban los antiguos libios:

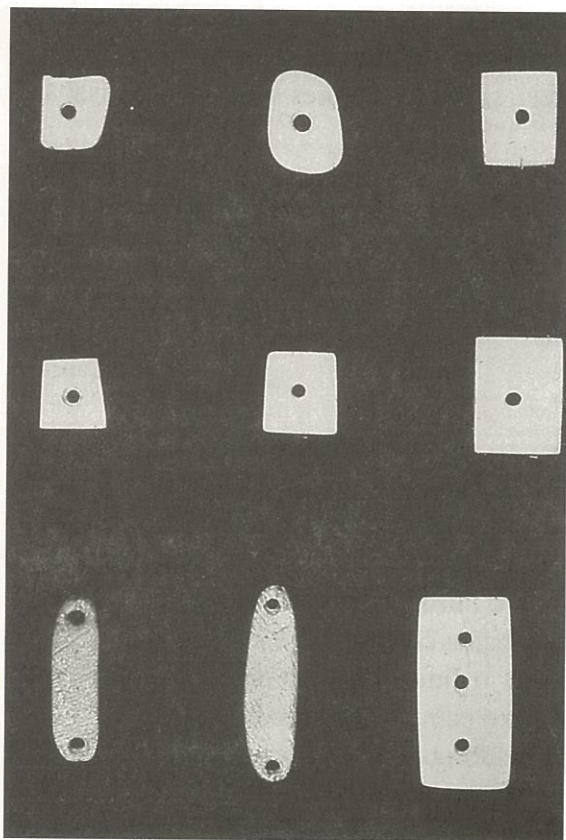
“Las gentes van completamente desnudas, sobre todo los hombres, que sólo llevan una piel con su pelo, atada sobre la espalda. Las mujeres tienen una piel igual... y dos pieles más, una delante y otra detrás, ceñidas alrededor de la cintura y que les llega hasta las rodillas...”

(Le Canarien, [1965]:136)

En la extracción y limpieza de las pieles usarían instrumentos de corte sobre basalto y un utillaje lítico de tipo abrasivo para el raspado y alisado. El curtido se realizaría por un procedimiento similar al que emplean los pastores actuales: sumergiendo las pieles en agua de mar o introduciéndolas en salmuera. Posteriormente los cueros eran adobados con grasas y mantecas. Para el cosido se usaban tripas, tendones o finísimas tiras de cuero, empleando punzones, agujas de hueso o palma y espinas de pescado.

Entre los adornos corporales incluimos el amplio repertorio de objetos elaborados sobre diversas materias primas -hueso, conchas de moluscos, piedras- tradicionalmente interpretados como ornamentos, si bien podrían poseer fines diferentes: amuletos con significado mágico-religioso, propiciación u objetos de culto. Aparecen conformando collares de cuentas de hueso y concha, así como cuentas y colgantes en hueso de morfología variada (cuadrada,

cilíndrica, discoidal, rectangular, bitroncocónica), con perforaciones y acanaladuras.



Adornos personales.

UNA SOCIEDAD SEGMENTARIA

Atendiendo a los escasos y confusos datos proporcionados por las fuentes etnohistóricas -siempre constreñidos a la fase epigonal de la Prehistoria mayorera- la sociedad aborígen de la isla aparenta reunir los rasgos de un sistema tribal de organización segmentaria, resultado de las estrategias productivas y reproductivas adoptadas por la etnia insular. Unificada por una lengua común, unas formas de vida y de cultura material uniformes, así como por una superestructura política y religiosa que aglutinaba al conjunto de sus miembros en casos de riesgo colectivo y amenazas procedentes del exterior, el carácter segmentario de esta sociedad se pone de manifiesto por el fraccionamiento interno y por la presencia de una serie de peculiaridades que la alejan de los modelos de jefatura avanzada o de sistemas políticos jerarquizados, como son: la debilidad demográfica, una organización social basada en el parentesco, la fragmentación del territorio, la hostilidad y guerra internas, y la presencia de una autoridad y un liderazgo mal definidos.

Estos rasgos generales son propios de la mayoría de las culturas pastoriles, que suelen estructurarse siguiendo un patrón segmentario: las unidades sociales que componen la tribu conforman una serie progresivamente inclusiva de grupos, teniendo a la familia como unidad o segmento primario. Varias familias simples se reúnen en linajes o grupos de parentesco amplios, aglutinados en fracciones tribales que se reparten el territorio tribal.

Los mecanismos de integración social en Fuerteventura ofrecen tres niveles organizativos. La esfera doméstica, directamente asociada a las actividades de producción y consumo; las unidades de

descendencia (linajes), vinculados mediante formas de cooperación e intercambios matrimoniales; y las instituciones políticas superiores (fracciones tribales), a las que corresponden las funciones guerreras, las actividades comunitarias de explotación de recursos y los actos rituales de naturaleza colectiva.

La familia extensa representaría la unidad social elemental de la sociedad mayorera, aportando un contingente de mano de obra suficiente para hacer frente de manera simultánea a las diversas labores domésticas. Autosuficiente económicamente y sujeta al intercambio de bienes impuesto por las demandas sociales, en su seno se produciría una división del trabajo por sexos y por edades. A los varones les competen las tareas relacionadas con el pastoreo, la conducción y la defensa de los rebaños. A la mujer le corresponderían las actividades desarrolladas en las proximidades del hogar, supeditadas a la crianza de los hijos: cocina, fabricación de la cerámica, búsqueda de agua y combustible, ordeño (tras la paridera), y, probablemente, colaborar en la recolección de moluscos marinos. Los niños recibirían un aprendizaje completo de las exigencias del cuidado del ganado, confiriéndoseles las funciones de vigilancia de la manada, según refleja la crónica “Le Canarien”:

“... ocurrió que los niños que guardaban el ganado...”

(Le Canarien, [1959]:270)

Las familias serían propietarias del rebaño doméstico, articulado como una trama de derechos adquiridos por cada uno de los componentes del grupo doméstico. El ganado guanil, así como las zonas de pastoreo, tendrían un carácter comunal, como reserva colectiva de alimentos en el primer caso, y para facilitar los largos desplazamientos de animales y pastores en un entorno degradado con pastos dispersos, en el segundo.

Las unidades familiares se reunirían en grupos de descendencia

asentados en un mismo poblado o (los más amplios) en núcleos distribuidos a lo largo de valles y barrancos. Los cronistas normandos aluden a uno de tales grupos:

“... y dieron con una compañía de gentes, que eran de 45 a 50 personas, los cuales atacaron a los castellanos y los pararon hasta que se alejaron de allí sus mujeres y niños”.

(Le Canarien, [1965]:70)

Los linajes establecerían entre sí formas de cooperación económica, plasmadas mediante sistemas de pastoreo colectivo, a la vez que se configuraban los lazos de solidaridad mediante la circulación de recursos y ganado entre los grupos afines o aliados. Este intercambio económico generaba un sistema de prestaciones y contraprestaciones recíprocas, que aseguraban la supervivencia durante los períodos de penuria. El papel del ganado como nódulo central de la circulación económica y de la reciprocidad entre los grupos de parentesco es constatado por L. Torriani:

“En efecto los isleños no tenían otra ocupación, sino el cuidar de ellas (las cabras), que era su principal sustento, y la mercancía con que compraban y hacían tratos”.

(L. Torriani, [1978]:79)

MATRIMONIO Y FILIACIÓN

El intercambio de mujeres, formalizado a través del matrimonio, constituía otro de los mecanismos para el establecimiento de alianzas entre los linajes. Escasas son las noticias escritas relativas a la modalidad matrimonial en la antigua *Erbania*, si bien, se halla muy extendida la afirmación errónea relativa a la práctica de la poliandria, haciendo extensible a Fuerteventura una costumbre sólo

documentada por los cronistas normandos para la vecina Lanzarote. Por el contrario, la naturaleza pastoril de la sociedad mayorera y la importancia de la conflictividad interna en la isla hacen más viable un matrimonio de tipo poligínico, como el descrito por las fuentes para otras islas -Tenerife, El Hierro- o el Norte de África:

“(En Tenerife) sus mujeres no son comunes, mas cada uno toma cuantas quiere”.

(Livro de Rotear, en M. Santiago, 1946:546)

La trascendencia de obtener mujeres en las culturas pastoriles a cambio del pago de ganado -el “precio de la novia”- posibilita el acceso a su fuerza laboral, incrementa el número de varones en el linaje (los hijos) y acrecienta la capacidad de gestión de rebaños de superior magnitud y el poder guerrero del grupo.

Más difícil resulta la determinación de los patrones de descendencia en la sociedad mayorera. Muchos autores no han dudado en atribuirle unas pautas de filiación matrilineal, a tenor de la supuesta influencia y prestigio de las mujeres. Esta afirmación se apoya en la autoridad de dos de ellas -*Tibiabín* y *Tamonante*- dotadas de funciones políticas y rituales en el marco social de la isla. Además se cuenta con paralelismos culturales en islas como Gran Canaria y La Gomera, donde la descendencia matrilineal parece más probable.

Sin embargo, la naturaleza adaptativa de los sistemas de filiación impide asegurar un modelo u otro, pues, las culturas pastoriles o aquéllas sometidas a fenómenos de hostilidad interna son más propensas a desarrollar patrones de descendencia patrilineal, que agrupan a los varones que controlan el ganado -como propietarios del mismo- y fomentan la cooperación militar entre parientes masculinos.

LOS “REINOS” MAJOREROS

Las fuentes etnohistóricas coinciden en la descripción de una isla dividida en dos fracciones tribales o “reinos”, con el carácter de demarcaciones territoriales, a cuyo frente se situaban sendos “reyes”:

“Estaba dividida esta isla de Fuerteventura en dos reinos...”

(J. Abreu Galindo, [1977]:60)

“... vino uno de los reyes... el que reinaba por el lado de la isla de Lanzarote... vino el rey que reinaba por el lado que mira a Gran Canaria...”

(Le Canarien, [1959]:290)

Cada uno de los “reinos” reuniría los grupos de descendencia emparentados entre sí o vinculados mediante intercambios matrimoniales y económicos, configurando un modelo de sociedad tribal bipolarizado en dos fracciones, caracterizadas por las relaciones hostiles entre sí, y conocido bajo el apelativo de sistema dualista.

El lento proceso evolutivo que conduce a la consolidación de una estructura dualista -igualmente documentada en otras culturas canarias como La Gomera y, posiblemente, Tenerife y Lanzarote- sería paralelo al fenómeno de intensificación ganadera, así como a la creciente degradación del medio y al incremento de la presión demográfica. La demanda de mayor cantidad de tierras de pasto y la lucha por unos recursos cada vez más escasos habría compelido a los grupos de parentesco a la creación de entidades políticas superiores canalizadoras del enfrentamiento armado hacia la fracción tribal opuesta, más distanciada genealógicamente. La integración de las comunidades locales y la consolidación de los “reinos” debió ser un fenómeno progresivo -de larga duración- culminando en un horizonte

cronológico impreciso, quizá no muy lejano al momento de contacto con el mundo europeo bajomedieval.

La bipolarización acentuada no implica -como sociedad segmentaria que es- la desaparición de la autonomía de los linajes. Muy al contrario, la tendencia a la fisión y las tensiones entre éstos fomentarían la ruptura de la unidad en el seno de cada fracción. Las aparentes contradicciones entre las fuentes escritas, como la noticia de L. Torriani:

“La Ysla de Fuerteventura, quando fue conquistada, era dominada por muchos duques...”

(L. Torriani, [1978]:75)

dejan de serlo si valoramos su referencia a un proceso coyuntural de fisión en la estructura dualista o a una fase anterior a la unificación de la isla en dos mitades.

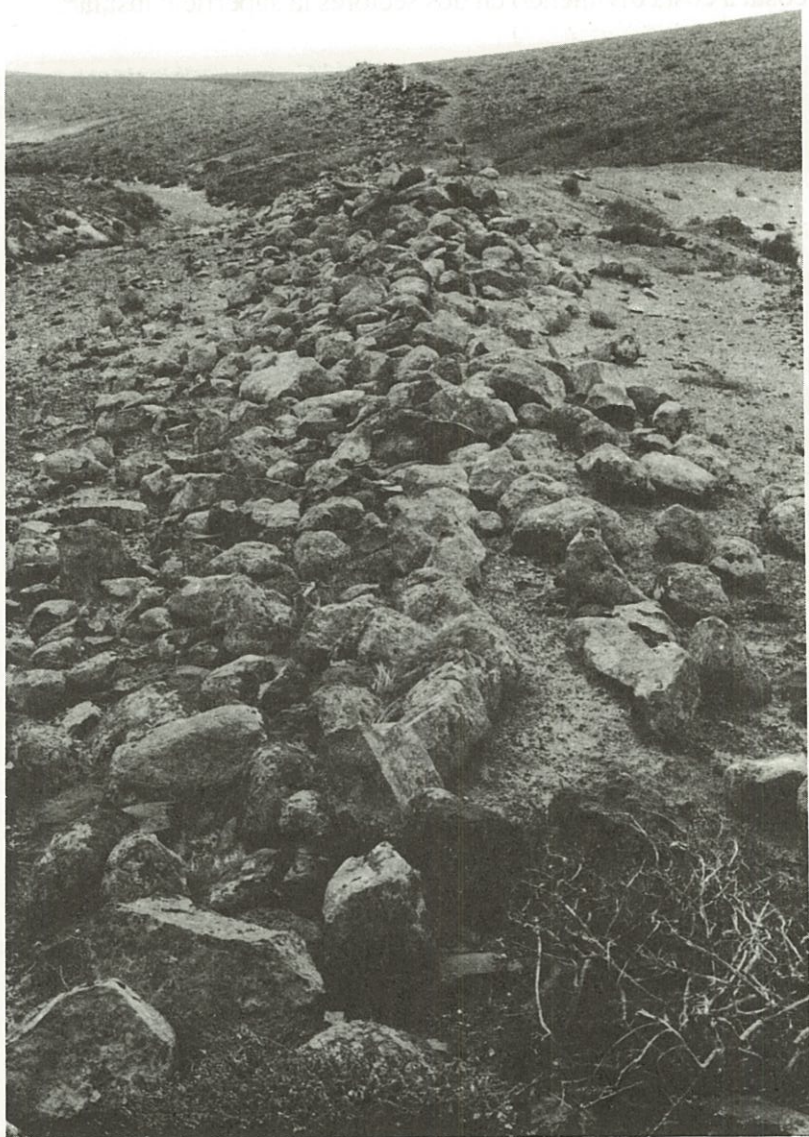
Tampoco la hostilidad entre ambos “reinos” era permanente, pues el sentimiento de pertenencia a la misma etnia tenía su refrendo en la cooperación frente a un enemigo extranjero (los normandos) o en la adopción de relaciones pacíficas coincidiendo con festividades rituales comunes a toda la población:

“... los días maiores del año, quando hacían grandes fiestas, aunque fuesen entre enemigos...”

(P. Gómez Escudero, en F. Morales, 1978:439)

LOS LÍMITES TERRITORIALES: LA PARED DE JANDÍA

No resulta sencillo dilucidar la ubicación de los límites territoriales de los “reinos” majoreños, pues las noticias de los cronistas sólo mencionan un “reino” septentrional y otro meridional, separados



Pared de Jandía.

por una estructura artificial -un muro de piedras- que se extendía de costa a costa dividiendo en dos sectores la superficie insular:

“Pero hay un punto tal, en que no contiene más de una legua de mar a mar. Aquella región es arenosa y hay allí una gran pared de piedra que atraviesa el país entero, de una orilla a la otra”.

(Le Canarien, [1959]:246)

Existe constancia arqueológica de esta construcción aborígen localizada en el istmo que une la Península de Jandía con el resto de la isla y conocida como “Pared de Jandía”. Extendida de norte a sur, desde la costa de Barlovento a la de Sotavento, en una longitud de 6 km (aproximadamente una legua), el muro sólo se conserva en algunos tramos, habiendo desaparecido en otros como consecuencia del reaprovechamiento de los bloques para construcciones más modernas. Con una altura de poco más de 1’50 m y un grosor de 0’50 m, la Pared presenta diversos módulos adosados, así como abundantes restos de material cerámico y malacológico, que confirman su adscripción prehistórica. Tradicionalmente se le ha atribuido la función de acotar las dos demarcaciones territoriales, aislando la Península de Jandía e impidiendo la entrada en ella del ganado *guanil* o de suelta, por constituir la última reserva de pastos y de recursos en situaciones de crisis ecológicas agudas.

La Pared serviría de límite de separación entre los dos “reinos”, *Jandía* y *Maxorata*, según la dudosa terminología utilizada por J. de Viera y Clavijo, correspondientes a la Península del mismo nombre -incluido el istmo- y al resto del territorio insular respectivamente. Muchos autores rechazan esta hipótesis, ante la tremenda desproporción superficial existente entre una y otra demarcación, y la consiguiente dificultad para mantener un equilibrio político entre ambas. No obstante, la disimetría territorial no implica una diferencia análoga en el potencial de recursos y demográfico, pues la riqueza ecológica, la prodigalidad en manantiales, unido al elevado número

de asentamientos prospectados en Jandía, permiten sostener una población cuantiosa y rubricar su identificación como uno de los “reinos” indígenas.

Hipótesis alternativas, apoyándose en el texto de J. Abreu Galindo, defienden un límite territorial más septentrional y una mayor equivalencia en cuanto a la extensión superficial de los términos:

“Estaba dividida la isla de Fuerteventura en dos reinos, uno desde donde está la villa (Betancuría) hasta Jandía, y la pared de ella; y el rey desta parte se llamó Ayoze; y el otro desde la villa hasta Corralejo; y éste se llamó Guize. Y partía estos dos señoríos una pared de piedra, que va de mar a mar, cuatro leguas”.

(J. Abreu Galindo, [1977]:60)

Los Acuerdos del Cabildo apuntan hacia una organización del espacio mayorero en dos comarcas para la celebración de las apañadas en época histórica, lo que ha sido explicado como un vestigio ancestral de la fragmentación prehistórica de la isla en dos “reinos”. La denominación de estas comarcas -*Ayose* y *Guise*- coincide, según la información del fraile andaluz, con la de los últimos “reyes” aborígenes. La línea divisoria entre los dos términos seguiría el trazado de los barrancos de la Peña y de la Torre, en una longitud aproximada de unos 24 km, equivalente a las cuatro leguas citadas por el historiador. Incluso contamos con vagas referencias orales relativas a los restos de un antiguo muro que atravesaba la isla al sur de Betancuría.

LA GUERRA EN *ERBANIA*

Hemos reiterado en diversos epígrafes la importancia de la guerra en el marco de la sociedad aborigen de Fuerteventura, verificada repetidas veces por las fuentes escritas:

“Y lo cierto es que hay en aquella isla de Erbania dos reyes, que pelearon largo tiempo entre ambos, en cuya guerra hubo por varias veces muchos muertos, tanto que están muy debilitados”.

(Le Canarien, [1959]:284)

El talante belicoso de los antiguos majoreros y la tenaz resistencia ofrecida a los conquistadores normandos entre 1404 y 1405 por un contingente escaso, son pruebas ineludibles de su habilidad y preparación para el combate:

“... encontramos gentes de mucha valentía... fuertes y atrevidos y muy firmes en su ley”.

(Le Canarien, [1965]:118)

“Tardó la conquista desta ysla más tiempo... porque auía en ella más jente y que se defendían valerosamente y pretendían antes morir que rrendirse”.

(Ovetense, en F. Morales, 1978:111)

Todas las culturas pastoriles se caracterizan por su espíritu agresivo y guerrero, así como por la frecuencia de la lucha armada, generalmente motivada por cuestiones relacionadas con los pastos y el ganado. La práctica de razzias depredadoras destinadas a la captura de animales constituye un fenómeno usual en estas sociedades como procedimiento para incrementar los rebaños propios a costa de los pertenecientes a fracciones rivales. Asimismo, en situaciones de pastoreo intensivo como la que nos ocupa, la degradación del entorno acrecienta la lucha por los recursos esenciales, pastos y agua, desencadenando luchas feroces:

“Había discusión y diferencia entre los dos reyes de esta isla de Fuerteventura, sobre los pastos”.

(J. Abreu Galindo, [1977]:67)

El fenómeno no difiere de los acontecimientos bélicos vividos en otras culturas canarias -Tenerife, Gran Canaria, La Palma- donde la rivalidad interna era siempre motivada por cuestiones relacionadas con el ganado o con la violación de los límites entre las demarcaciones que dividían las islas.

El tipo de guerra practicado en Fuerteventura se organizaría bajo la forma de incursiones rápidas de castigo o con el objetivo de obtener botín, así como acciones de represalia por las muertes acaecidas en enfrentamientos anteriores, generando una espiral de violencia difícil de detener. Los combates eran protagonizados por “cuadrillas” o grupos de guerreros de no mucha entidad, reflejo de la estructura segmentaria de la sociedad:

“Y decían que un día de aquella semana 42 canarios habían encontrado a 10 de sus compañeros muy bien armados...”

(Le Canarien, [1959]:226)

Las armas empleadas destacarían por su precariedad y por su rusticidad técnica, bastante similar a la del resto del Archipiélago:

“... no tienen ninguna armadura... y no pueden ofender más que con piedras y con lanzas de madera sin hierro...”

(Le Canarien, [1959]:284)

además de unos:

“... garrotes de acebuche, de vara y media de largo, que llamaban tezzeses”.

(J. Abreu Galindo, [1977]:56)

No obstante, la destreza y puntería de los mayoreros los convertía en combatientes temibles:

“... y los brazos y las piernas rotos a pedradas, porque otras armas no tienen y hay que creer que tiran y manejan una piedra mucho mejor que un cristiano”.

(Le Canarien, [1959]:270)

“Los más fuertes castillos, fabricados según su manera...”

La crónica normanda realiza repetidas alusiones a supuestas construcciones utilizadas por los habitantes de la isla con finalidad defensiva:

“Se ve bien que tuvieron guerra entre sí, porque tienen los más fuertes castillos, fabricados según su manera, de cuantos se pueden hallar en alguna parte...”

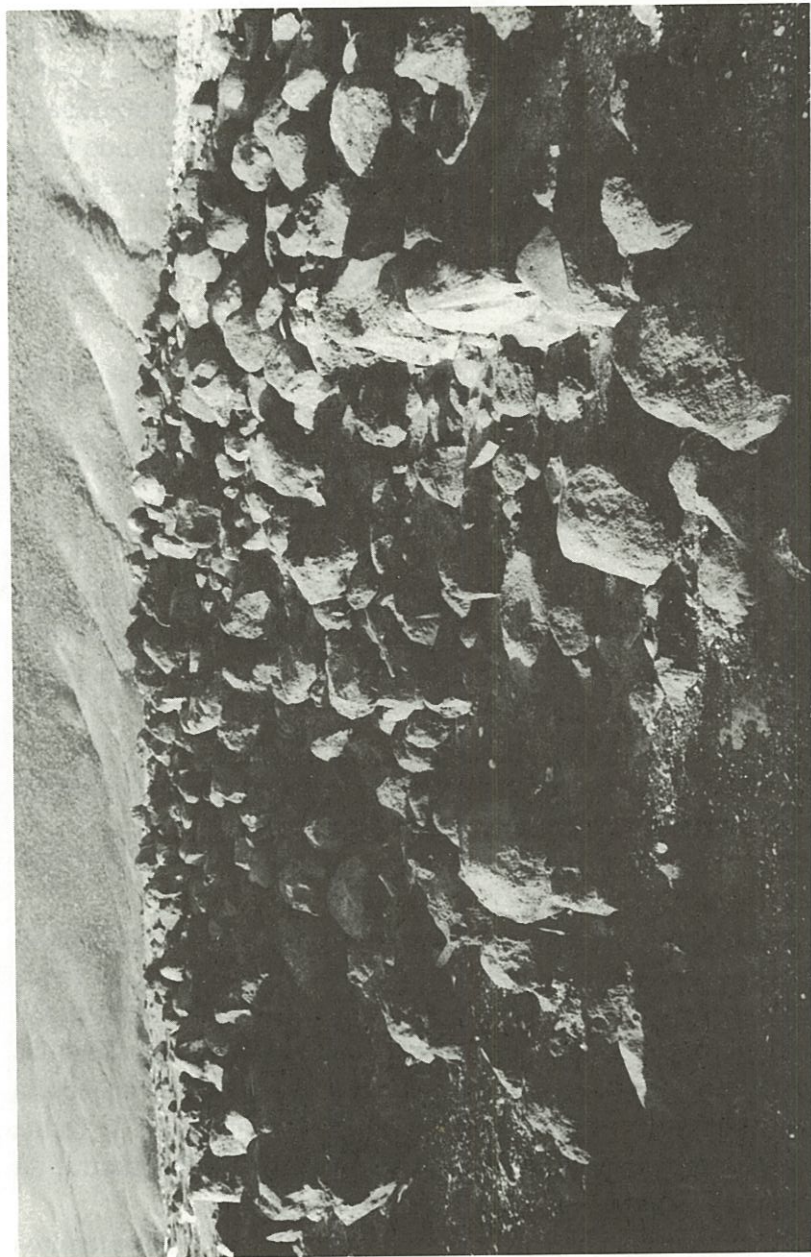
(Le Canarien, [1959]:284)

La identificación de tales “castillos” ha estado sujeta a una viva polémica y no han sido pocos los intentos por asociarlos a determinados yacimientos de la isla. Asentamientos como el del Llano del Sombrero o el de los Corrales de la Hermosa han sido significados por la aparente presencia de murallas circulares rodeando el conjunto, con una evidente finalidad militar. Por el contrario, estimamos más factible la vinculación de los bastiones mayoreros con los yacimientos ubicados en la cima de montañas, auténticas fortalezas naturales con vestigios de estructuras arquitectónicas y pequeñas cuevas, que, desde una óptica eurocéntrica, pueden ser calificables como “castillos fabricados según su manera”.

La retirada a fortalezas naturales de montaña, testimoniada por “Le Canarien”:

“... se retiraron a las montañas”.

(Le Canarien, [1959]:270)



Yacimiento del Llano del Sombrero.

se vislumbra como una estrategia muy habitual entre las poblaciones aborígenes del Archipiélago, en especial en Gran Canaria, con los ejemplos de las fortalezas de Bentayga, Ajódar y Ansite. Lugares como Mña. Cardones, La Atalaya, La Fortaleza, Castillo de Lara, etc, caracterizados por un acceso difícil como baza defensiva favorable, gozan de un ambiente inhóspito y pobre en recursos, que concuerda con las noticias relativas a la dificultad para resistir largos asedios en estos “castillos”:

“... porque no viven sino de carne, y de encerrarlos en sus castillos, no podrían vivir...”

(Le Canarien, [1959]:264)

Los *altahay* o el carisma del guerrero

La importancia de la guerra en los mecanismos de organización social de la antigua población mayorera es demostrada igualmente por la consideración y el rango social alcanzado por los guerreros más cualificados y valerosos:

*“... y en mucho precio y estimación a los valientes, llamábanlos **Altahay**”.*

(J. Abreu Galindo, [1977]:60)

En los sistemas tribales de carácter segmentario, determinados personajes suelen ocupar posiciones de privilegio y status, en virtud de unas cualidades personales apreciadas socialmente: fuerza física, valor y destreza en la lucha armada. Los *altahay* conducirían las incursiones y las luchas por los pastos y el ganado, dirigiendo la defensa de su demarcación territorial. Así revalidarían de forma permanente, y en función de la importancia de la guerra, su superioridad social.

Las gestas bélicas y el carisma generado por estos guerreros

habría precipitado su conversión en héroes, recordados por la tradición oral y la memoria colectiva, y deificados mediante su incorporación al panteón divino de la tribu. El caso de *Mahan* -etimológicamente relacionado con el término *altahay*- y correspondiente a la denominación de uno de los ancestros míticos de la sociedad mayorera, representa un ejemplo elocuente de este proceso de heroización.

“REYES” Y “MUJERES FATÍDICAS”

En los instantes de la Conquista y al frente de cada una de las demarcaciones tribales, las fuentes literarias reconocen la existencia de sendos “reyes”:

“Vino un canario... enviado por los dos reyes paganos de Erbania...”

(Le Canarien, [1959]:286)

Difícilmente podrían ser asociados al tipo de liderazgo propio de los sistemas de jefatura documentados en otras islas (Gran Canaria, Tenerife). En ellas, la mayor complejidad social demanda una autoridad centralizada que ejerza las funciones de coordinación del proceso de producción, así como la génesis y redistribución del excedente económico entre una población numerosa. Por el contrario, en el marco de una sociedad segmentaria, el liderazgo suele ser temporal y las posiciones de poder supeditadas a la frecuencia de la guerra.

Los “reyes” mayoreros han de ser interpretados como líderes o jefes militares, destacados por sus cualidades guerreras, cuyo ascenso se explica por los prolongados enfrentamientos intertribales y por las necesidades de organizar la defensa ante las incursiones europeas de los siglos XIV y XV. Con los escasos datos disponibles, no resulta

sencillo precisar si nos hallamos ante formas de poder permanentes y hereditarias, o si se trata de jefes temporales, admitiendo que la larga duración de los episodios bélicos hubiera acelerado la consolidación de dos jefaturas incipientes que dominarían la isla en 1402.

Paralelamente, estos personajes figurarían a la cabeza de linajes dotados de una cierta riqueza en ganado, lo que les permitiría instalarse en el centro de una amplia red de relaciones sociales, a través de la circulación e intercambio de animales.

Además de los “reyes”, los cronistas mencionan una asamblea o consejo tribal que actúa como máximo órgano de poder en las sociedades tribales:

“... y por esta causa tuvieron su consejo que vendrían ante el dicho señor de Béthencourt...”

(Le Canarien, [1959]:284)

Compuesta por los líderes de cada uno de los grupos de parentesco, junto a los guerreros adultos más cualificados y de algunos jóvenes reputados como combatientes, el consejo tomaría todas las decisiones concernientes a la cooperación económica y militar, la organización de la guerra, preparación de los trabajos colectivos -las apañadas- así como la resolución de los conflictos internos y la sanción de los delitos, utilizando como procedimiento de castigo la lapidación, al igual que en el resto del Archipiélago y el Norte de África:

“Y la ejecución de justicia se hacía en la costa del mar, tendiendo al delincuente sobre una piedra o losa, y con una piedra redonda el ejecutor de la justicia le daba en la cabeza, haciéndosela pedazos...”

(J. Abreu Galindo, [1977]:56)

Las fuentes etnohistóricas más tardías -J. Abreu Galindo, L. Torriani- también hacen referencia a dos personajes femeninos

dotados de gran prestigio social y de influencia en el terreno político y religioso:

“Había en esta isla dos mujeres que hablaban con el demonio; la una se decía Tibiabín, y la otra Tamonante. Y quiere decir eran madre y hija...”

(J. Abreu Galindo, [1977]:58-59)

“La una se decía Tamonante, la cual regía las cosas de la justicia y decidía las controversias y las disensiones que ocurrían entre los duques y los principales de la isla, y en todas las cosas era superior en su gobierno”.

(L. Torriani, [1978]:75)

En apariencia, nos hallaríamos ante uno de los denominados linajes “santos” o religiosos -justificado por el parentesco existente entre ambas mujeres- muy comunes en sociedades segmentarias y, en especial, entre las tribus bereberes norteafricanas. Desempeñan funciones mediadoras en un contexto de conflictividad permanente entre fracciones tribales. El respeto a sus decisiones se ve reforzado por el rol de intermediación entre los hombres y las divinidades, del que deriva el calificativo de “fatídicas”, así como por su papel director en el ritual.

A largo plazo, la misión de los linajes religiosos es la de impedir la aparición de desequilibrios duraderos que socaven las bases del segmentarismo, limitando el poder de los jefes circunstanciales y actuando de contrapeso ante las veleidades autoritarias de aquéllos.

LA RELIGIÓN Y EL RITUAL

En el análisis de los distintos aspectos que conforman el mundo mágico-religioso de la Prehistoria mayorera, hemos de partir del reconocimiento de la estrecha relación existente entre las bases económicas de la cultura insular y el orden religioso, que se integra en el entramado social y se orienta a la supervivencia del grupo humano. La religión tiende a cohesionar la sociedad frente a la adversidad productiva y reproductiva.

La cosmogonía aborígen sería fiel reflejo -como acontece en todas las sistemas tribales- de la estructura segmentaria presente en la isla, configurándose una jerarquía de divinidades en función de los distintos niveles de segmentación de la sociedad. Se partiría de un fondo de almas y fuerzas animistas relacionadas con cultos individuales, para seguir con un nivel intermedio de seres ancestrales y antepasados, ligados a los linajes y unidades de descendencia, y finalizar con las divinidades supremas, vinculadas a rituales comunitarios orientados a garantizar el bienestar de la tribu en su totalidad.

La única referencia que disponemos acerca de la existencia de un dios o ser supremo entre los aborígenes de Fuerteventura es ambigüamente recogida por J. Abreu Galindo, que lo ubica en la bóveda celeste:

“... adoraban a un Dios, levantando las manos al cielo...”

(J. Abreu Galindo, [1977]:57)

La importancia del culto astral en las culturas canarias hace probable la identificación del dios supremo con alguno de los astros

principales, especialmente el sol, distribuidor de la fecundidad sobre la tierra y protector de la vida.

EL CULTO A LOS ANTEPASADOS

El culto a los ancestros debió constituir la expresión religiosa más importante en la antigua *Erbania*, como consecuencia del cariz igualitario y la escasa jerarquización de la sociedad, que lleva aparejada -en todas las culturas tribales- una descentralización de la jerarquía divina y la proliferación de dioses menores protectores de los segmentos sociales que estructuran la tribu, linajes y fracciones. Los antepasados encarnan las figuras, míticas o reales, fundadoras en tiempo inmemorial de los grupos de parentesco, ejerciendo una función tutelar y benefactora sobre los mismos, a la vez que su veneración refuerza los lazos de solidaridad en el seno del linaje. Poseemos un magnífico documento en el que se constata la relevancia de estas formas religiosas:

*“Tenían los de Lançarote y Fuerte Ventura unos lugares o cuebas a modo de templos, onde hacían sacrificios o agüeros, según Juan de Leberriel, onde haciendo humo de ciertas cosas de comer, que eran de los diesmos, quemándolos tomaban agüero en lo que hauían de emprender mirando a el jumo, i dicen que llamaban a los **Majos** que eran los spiritus de sus antepasados que andaban por los mares i venían allí a darles aviso quando los llamaban, i estos i todos los isleños llamaban encantados, i dicen que los veían en forma de nuuecitas a las orillas del mar, los días maiores del año, quando hacían grandes fiestas, aunque fuesen entre enemigos, i veíanlos a la madrugada el día de el maior apartamento de el sol en el signo de Cáncer i que a nosotros corresponde el día de San Juan Bautista”.*

(P. Gómez Escudero, en F. Morales, 1978:439)

El texto delata la trascendencia de los espíritus ancestrales en el sistema de creencias de las poblaciones aborígenes de las islas orientales, siendo invocados en situaciones de adversidad por medio de sacrificios, rogativas y ofrendas, pidiendo su consejo e intercesión. Por otro lado, se hace patente la conexión que existe entre estas divinidades y el sol, como dios supremo. Los ancestros acompañan al disco solar, haciéndose visibles en una fecha tan significativa como el solsticio de verano. Igual de sugerente resulta la materialización de tales espíritus en forma de nubes, portadoras de la lluvia y garantes del florecimiento de la vida vegetal y, consecuentemente, de la subsistencia de la comunidad asentada en un entorno árido. Este vínculo entre el sol, la lluvia y los antepasados se halla muy difundido entre las tribus bereberes del Norte de África.

La propia denominación de *majos*, recogida por P. Gómez Escudero, tendría el significado de “gente de tiempos antiguos” o de su sinónimo, “antepasado”, según la interpretación realizada por J. Álvarez (1945) a partir de la forma *tuareg imeiien* o *imehuar*, apreciándose una posible relación morfológica con el nombre del sol en Tenerife: *Magec*.

Entre los ancestros míticos de la cultura majorera, sobresale la figura de *Mahan*, un gigante de 22 pies de altura que, según las tradiciones recogidas por J. Abreu Galindo entre los descendientes de la antigua población prehispánica, se hallaba enterrado en Mña. Cardones, reputada como una de las montañas sagradas de los antiguos majoreros:

“Hállase sepultura al pie de una montaña que dicen Cardones, que tiene de largo 22 pies... que era de uno que decían Mahan”.

(J. Abreu Galindo, [1977]:55-56)

Los ritos de propiciación y las ofrendas alimentarias asociadas al culto a los antepasados se celebrarían en un tipo de templos, conocidos como *efeques*:

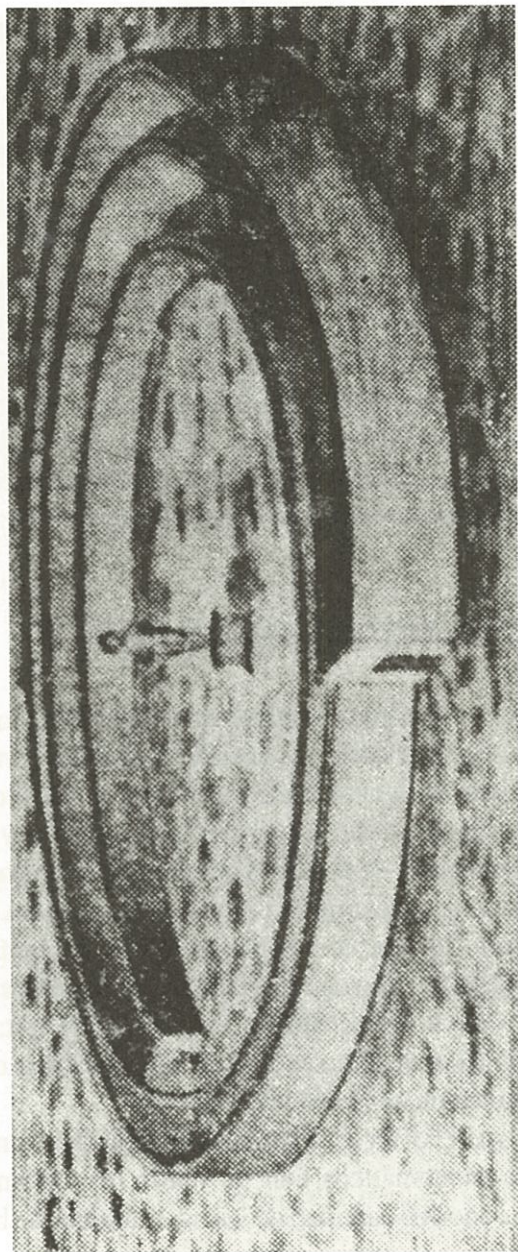
“Tenían casas particulares, donde se congregaban hacían sus devociones, que llamaban efequenes, las cuales eran redondas y de dos paredes de piedra; y entre pared y pared, hueco. Tenía entrada por donde se servía aquella concavidad. Eran muy fuertes, y las entradas pequeñas. Allí se ofrecía leche y manteca”.

(J. Abreu Galindo, [1977]:56-57)

A juzgar por las referencias escritas y por la frecuencia de voces como *esquén* o *lesque* en la toponimia insular (Bco. de Esquinzo, Lomo Lesque, Corral de Esquey, Esquén Blanco, etc), se hallaban ampliamente repartidos por la geografía mayorera. El elevado número de topónimos permite interpretarlos como pequeños santuarios o templos locales donde los grupos de descendencia que integraban la tribu rendirían veneración a sus antepasados, erigiéndose en testimonio palpable de la descentralización de esta modalidad de culto. El vocablo *efequén* o *fquen* ha sido explicado como una variante de las formas líbicas *Fiquen* o *Fiken*, derivadas de la raíz *f.s.k.*, con el sentido de “templo”.

Las investigaciones arqueológicas orientadas a la localización de estas construcciones prehistóricas han sido infructuosas, si bien se han documentado estructuras circulares de piedra y grandes dimensiones en el yacimiento de los Corrales de la Hermosa, asociadas al topónimo Esquén de Guerime. Asimismo, existe una construcción circular de piso empedrado y unos 10-12 m de diámetro en las inmediaciones del yacimiento del Bco. de la Muley, en el lugar conocido como El Lesque. El yacimiento del Bco. del Valle de la Cueva (Tonicosquey) y el Corral de Esquey (Valle de Sta. Inés) fueron utilizados en época histórica como lugares de concentración del ganado recogido en las apañadas, probable herencia de una práctica prehistórica que se acompañaría de ritos y sacrificios a las divinidades.

En muchos de estos yacimientos se documentan estaciones de grabados rupestres, cazoletas rituales, así como referencias al hallazgo de restos funerarios, confirmando su naturaleza religiosa.



Efequén, según L. Torriani.

Según L. Torriani -y así lo recoge en su obra el grabado que reproduce un *efequéen*- en el interior de estos templos:

“Adoraban un ídolo de forma humana, pero no se sabe quien era”.

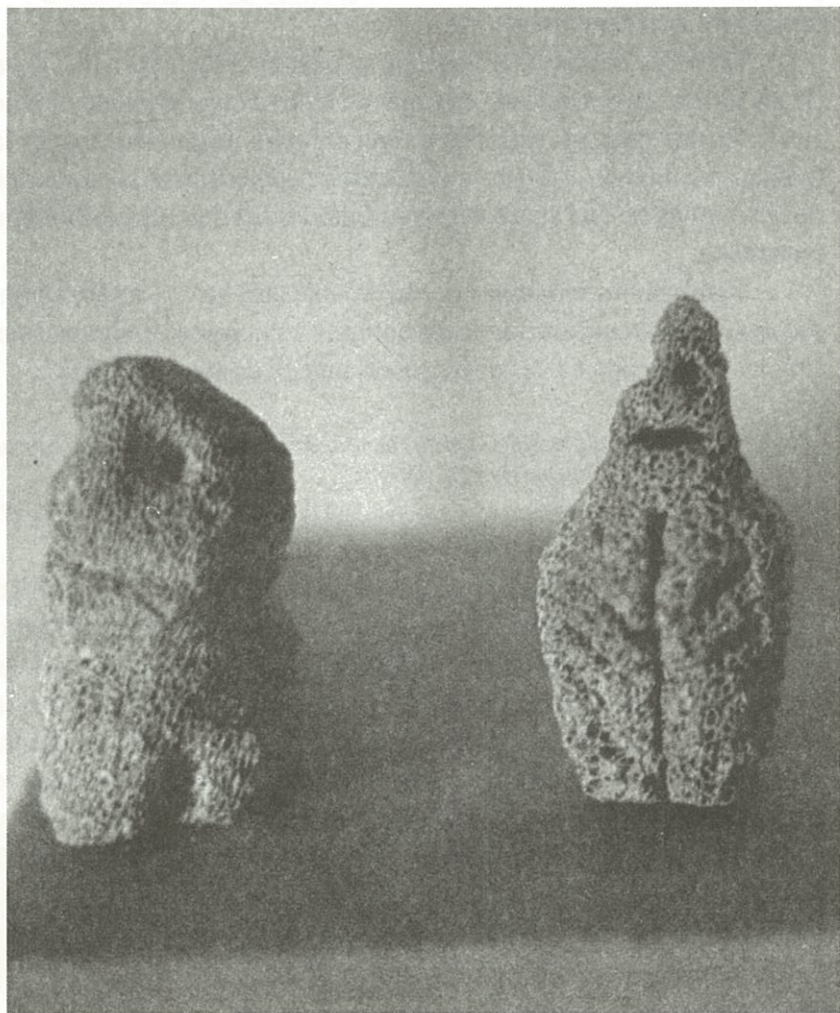
(L. Torriani, [1978]:41)

No creemos plausible la hipótesis que identifica este ídolo con una imagen del dios supremo, que generalmente carece de representación material en la mayoría de las culturas tribales, ni tampoco su asociación con las pequeñas figuras antropomorfas halladas en la Cueva de los Ídolos (La Oliva), vinculadas a cultos de otra índole. En ausencia de verificación arqueológica, sería asimilable a la imagen de algún antepasado objeto de veneración.

CUEVAS Y MONTAÑAS SAGRADAS

La cueva ha sido tradicionalmente utilizada en el mundo bereber como templo o santuario donde se celebran distintas formas de ritual: curaciones, ritos de fecundidad, sacrificios a los dioses, etc. En Fuerteventura contamos con referencias arqueológicas y orales acerca de grutas sacralizadas y destinadas a prácticas de culto por los antiguos majoreros. Junto a los testimonios que mencionan una gran caverna conocida como “Iglesia de los Majos” en el Malpaís Grande, el ejemplo más significativo de estos santuarios rupestres corresponde a la llamada Cueva de los Ídolos (La Oliva). Se trata de un tubo lávico de unos 16 m de largo enclavado en el Malpaís de la Arena y objeto de excavación en la década de los 70.

Entre el material recuperado destacan seis ídolos antropomorfos más o menos esquemáticos con un matiz marcadamente sexual, además de una enorme cantidad de vasos cerámicos de buena factura



Ídolos antropomorfos (Cueva de los Idolos).

y rícamente decorados, molinos en miniatura y numerosos objetos fabricados con caparazones de moluscos.

Entre las interpretaciones que se pueden aducir para la Cueva de los Ídolos, destacamos la de lugar de culto a la fecundidad, donde acudirían las mujeres estériles a realizar actos propiciatorios de la misma, en analogía a los ritos practicados en determinados santuarios de la Kabylia, en que aparecen representadas figuras con simbología masculina.

También las montañas gozan de una aureola de sacralización, sirviendo de santuarios donde los antiguos majoreros celebraban sus rituales e invocaban a sus dioses mediante ofrendas y sacrificios:

“Hacían sacrificios en las montañas, derramando leche de cabras con vasos que llaman gánigos”.

(J. Abreu Galindo, [1977]:56-57)

Entre las facetas más notables del ritual, los ritos propiciatorios de la lluvia cobrarían especial vigencia en un ecosistema árido como el majorero, en el que el agua del cielo determina el crecimiento de la vegetación y la supervivencia de personas y animales. Ante la incapacidad de dominar la lluvia, que no se produce ni regularmente ni cuando es necesaria, el aborígen contemplaría los hechos atmosféricos como revelación de unos poderes misteriosos y superiores a él, acudiendo a los dioses e invocándolos para su propiciación. El derramamiento de líquidos -agua, leche- en los santuarios es característico de esta forma de ceremonial, basado en la magia imitativa: el signo, el gesto, produce la acción completa; derramar un líquido obliga al cielo a que llueva.

En la isla podemos destacar varias cumbres con abundantes restos arqueológicos en sus cotas más elevadas, que incluyen grabados rupestres de diversa temática; cazoletas circulares excavadas en la roca y destinadas a contener algún tipo de líquido; abundante material cerámico, generalmente decorado con profusión; construcciones en

piedra seca sin relación con un uso habitacional por lo inhóspito de estos lugares; así como frecuentes referencias y hallazgos de vestigios funerarios.

Entre las montañas sagradas han de ser citadas Mña. de la Muda, con un grupo de cavernas cimeras conocidas tradicionalmente como “iglesia de los majos”; La Atalaya, punto culminante del Macizo de Betancuria y asociado, según las leyendas locales, a prácticas de brujería; Mña. Cardones, que además de haber constituido el nicho sepulcral del héroe mítico *Mahan*, conserva abundantes vestigios de naturaleza religiosa; y La Fortaleza, en cuya cima se concentran muchos de los elementos materiales que parecen definir los santuarios majoreros de montaña. La mayoría de estas formas orográficas presentan vínculos con el topónimo *esquén* o *efequén* (Morro del Esquén en Mña. de la Muda, Esquén de Guerime en Cardones, Facay en La Fortaleza), confirmando el carácter sagrado de la montaña y su utilización como templos durante la Prehistoria.

Pero es en Mña. Tindaya -un pitón traquítico de 401 m de altura situado en el norte de la isla- donde la sacralización de la montaña y su importancia como centro ritual en el mundo mágico-religioso de los antiguos majoreros se encuentra mejor representada.

El elemento arqueológico más destacado del yacimiento es la estación de grabados rupestres ubicada en su cima, en la que se contabilizan 103 petroglifos distribuidos en un conjunto de 36 paneles, con un predominio temático de las siluetas de pies humanos (podomorfos). Se trata de figuras de tendencia rectangular u ovoide, con incisiones cortas y paralelas (los dedos) en uno de sus lados menores. En otros casos, el pie queda reducido a simples rectángulos, como representación más abstracta del mismo. Las siluetas aparecen aisladas o agrupadas por parejas, y sólo en ocasiones se presentan más de dos podomorfos unidos.

El motivo podomorfo o su variante -las figuras rectangulares u ovales emparejadas- se encuentran muy extendidos en todo el

Archipiélago y el Norte de África, documentándose en la propia Fuerteventura en los yacimientos de Tisajoyre (La Oliva) y Castillejo Alto (Pájara). En las restantes islas aparecen siempre asociados a enclaves de naturaleza ritual: centros cultuales (El Julan, El Hierro; Quesera de Zonzamas, Lanzarote; Bco. de Balos, Gran Canaria), cima de montañas o pitones (Roque de Bento y El Roquito, Tenerife); puntos de agua (Pozos de San Marcial del Rubicón, Lanzarote) e, incluso, y según las fuentes escritas, en una losa incrustada en el pino que da nombre a la advocación mariana de Teror:

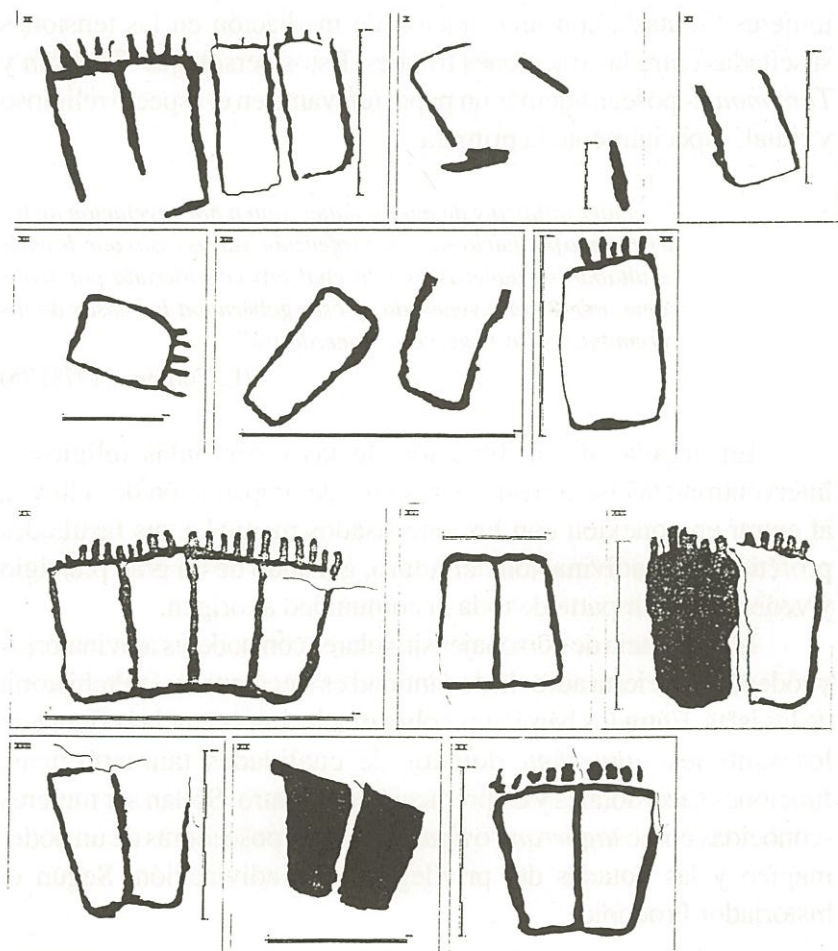
“... en este pino, en el medio del, según me han testificado testigos de vista, está una losa de piedra viva, y en ella están estampadas dos señales de pies...”

(F. López de Ulloa, en F. Morales, 1978:323)

Todos los estudios efectuados en Mña. Tindaya han coincidido en ratificar su conexión con el aparato religioso y ritual de los antiguos habitantes de la isla, perviviendo hasta nuestros días numerosas historias y leyendas que reconocen a la montaña como el foco de brujería más importante de Fuerteventura.

Sin embargo, las interpretaciones específicas sobre los grabados podomorfos y su significado en Mña. Tindaya han sido muy diversas. Desde una ambigua asociación con algún ritual mágico difícil de definir, en un sentido de toma de posesión, o como fórmula de purificación de un lugar que debe preservarse de la irrupción de lo maligno por ser la zona destinada a ofrecer sacrificios, hasta su identificación como recinto donde se impartía justicia mediante la intervención divina o como plasmación sagrada de alianzas o pactos entre grupos.

Tampoco podemos descartar, a modo de hipótesis, su relación con el culto a los antepasados que, como espíritus invisibles, serían representados mediante la impronta que dejan a su paso: la silueta de pies.



Podomorfos de Tindaya, según M. Cortés.

LAS MUJERES Y EL RITUAL

Hemos mencionado con anterioridad la presencia de dos mujeres “santas”, con una función de mediación en las tensiones suscitadas entre las fracciones tribales. Estos personajes -*Tibiabín* y *Tamonante*- poseen además un papel relevante en el aspecto religioso y ritual, especialmente la primera:

“... mujer fatídica y de mucho saber, quien por revelación de los demonios o por juicio natural, profetizaba varias cosas que después resultaban verdaderas, por lo cual era considerada por todos como una diosa y venerada; y ésta gobernaba las cosas de las ceremonias y los ritos, como sacerdotisa”.

(L. Torriani, [1978]:75)

Encargadas de la dirección de las ceremonias religiosas, intervendrían decisivamente en los ritos de propiciación de la lluvia, al entrar en conexión con los antepasados merced a sus facultades proféticas y de adivinación del futuro, gozando de un gran prestigio y veneración por parte de toda la comunidad aborígen.

La presencia de personajes singulares con poderes adivinatorios y rodeados de cierta aureola de santidad es frecuente en la Prehistoria de las islas. Entre los bereberes cobra mucha importancia la figura de los santones -*agurrâm*- dotados de cualidades taumatúrgicas, funciones sacerdotales y de predicción del futuro. Solían ser mujeres -conocidas como *tagurramt* o *tigurramín*- las poseedoras de un poder mágico y las dotadas del privilegio de la adivinación. Según el historiador Procopio:

“Los mauros en su temor consultan a las mujeres adivinas. Entre ellos no está permitido a los hombres hacer vaticinios; pero ciertas

mujeres, después de algunas ceremonias reciben la inspiración y descubren el porvenir”.

(Procopio, en F. Pérez Saavedra, 1989:69)

El papel de los adivinos-santones, característicos de las culturas pastoriles, se inscribe dentro de los fenómenos de chamanismo. El chamán es el puente entre la comunidad de los vivos y la de los espíritus, propicia la lluvia, dirige las ceremonias y cuenta con poderes de adivinación, cuya importancia radica en el hecho de que los pastores deben tomar muchas decisiones relacionadas con la gestión del rebaño; decisiones que, en la mayoría de las ocasiones, dependen del azar, y para las que pide ayuda a las fuerzas sobrenaturales.

LA MUERTE Y EL RITUAL

Muy pocos son los hallazgos relacionados con las prácticas funerarias en la Prehistoria mayorera. Los trabajos efectuados en la Cueva de los Ídolos y en la Cueva de Villaverde; algunas excavaciones de urgencia realizadas en yacimientos descubiertos fortuitamente y amenazados de destrucción, además de otros hallazgos aislados, constituyen todo el bagaje de una tarea arqueológica pendiente de acometer. Más importantes han sido los trabajos de prospección, que han reconocido posibles zonas de enterramiento tumular y otras estructuras como cistas y solapones funerarios.

El más notorio de los enterramientos en cueva hallados en la isla corresponde a la Cueva de Villaverde, donde se encontraron dos cuerpos inhumados -un adulto y un niño- depositados en una fosa oval, acompañados de restos de cerámica, hogares, industria lítica y vestigios faunísticos. Toda la superficie del Malpaís de la Arena y del Malpaís del Bayuyo conoce testimonios de otros enterramientos en tubos lávicos -Cueva de la Aldeíta, Tisajoyre, Huriame, etc- conformando una tipología sepulcral adaptada a una formación

geológica de características peculiares, que se repite en otras áreas de malpaís de la isla: Malpaís Chico, Malpaís Grande.

El enterramiento tumular sólo se encuentra contrastado arqueológicamente en la isla de Gran Canaria, si bien los resultados de las labores de prospección han detectado la presencia de amontonamientos de piedras, con una morfología típicamente tumular, en yacimientos próximos a zonas sacralizadas. Es el caso de las estructuras prospectadas en el Llano de Esquinzo, al pie de Mña. Tindaya, y en los Corrales de la Hermosa, en la base de Mña. Cardones; mientras que los supuestos “túmulos” de la desembocadura del Bco. de Pozo Negro han sido descartados como tales, correspondiéndose con simples apilamientos de piedras de cronología muy reciente.

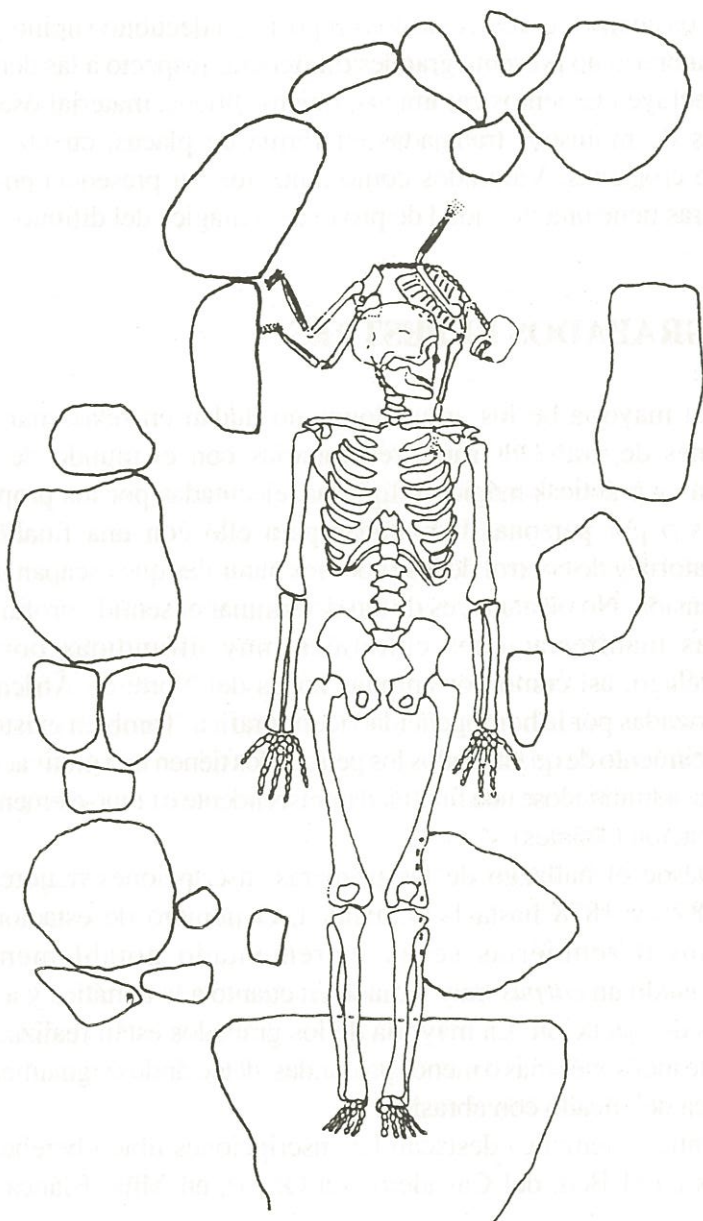
En la década de los 40 fue hallada en la localidad de El Matorral (Bco. de la Muley) una construcción funeraria de aspecto tumular que contenía un cadáver femenino y un ajuar escaso. No obstante, nos es imposible confirmar su adscripción cronológica.

Otras formas de enterramiento documentadas recientemente en la isla -Mña. de la Muda, La Fortaleza, Cuchillo del Esquén- consisten en pequeños recintos o solapones naturales situados en montañas y acondicionados con una o varias hiladas de piedras que nivelan el terreno. Formas similares son conocidas en Gran Canaria, Tenerife y algunas zonas del Norte de África. Las referencias a enterramientos en cistas se reducen por el momento a meros indicios orales que los emplazan en el Malpaís del Bayuyo o en la Playa de Juan Gómez (Jandía).

Tampoco existe constancia acerca de un tratamiento especial de los cadáveres, como sería el empleo de envoltorios de pieles, el aislamiento del suelo, etc, aunque T.A. Marín de Cubas afirma la práctica del “mirlado”:

“Sus difuntos los mirlan de que tienen cuebas de ellos de grandes rumazones sin estar apollados y envueltos en pieles”.

(T.A. Marín de Cubas, [1986]:151)



Enterramiento de la Cueva de Villaverde, según M. D. Garralda et alii.

Los cuerpos eran dispuestos en posición decúbito supino y el ajuar funerario no presenta grandes diferencias respecto a las demás islas. Incluye elementos cerámicos, objetos líticos, material óseo y conchas de moluscos trabajadas en forma de placas, cuentas de collar o colgantes. Valorados como amuletos, su presencia en las sepulturas tiene una finalidad de protección mágica del difunto.

LOS GRABADOS RUPESTRES

La mayoría de los arqueólogos no dudan en relacionar las estaciones de grabados rupestres canarias con el mundo de las creencias y prácticas mágico-religiosas, ejecutadas por los propios pastores o por personas habilitadas para ello con una finalidad propiciatoria y de control de los procesos naturales que escapan a su comprensión. No obstante, es difícil determinar el sentido profundo de estas manifestaciones culturales muy difundidas por el Archipiélago, así como por amplias zonas del Norte de África, y caracterizadas por la homogeneidad iconográfica. También existe el convencimiento de que no todos los petroglifos tienen una motivación religiosa, admitiéndose una finalidad intrascendente o como elementos de indicación (señales).

Desde el hallazgo de las primeras inscripciones mayoreras entre 1874 y 1878 hasta la actualidad, el número de estaciones rupestres descubiertas se ha incrementado notablemente, conformando un *corpus* muy variado en cuanto a la temática y a las técnicas de ejecución. La mayoría de los grabados están realizados mediante incisiones más o menos profundas, detectándose igualmente la técnica del picado con abrasión.

Entre la temática destacan las inscripciones líbico-bereberes halladas en el Bco. del Cavadero (La Oliva), en Mña. Blanca de

Arriba (Antigua) y en Morrete de Tierra Mala (Ajui), similares en su morfología a las de otras islas.

Un segundo motivo alfabetiforme agrupa un tipo de inscripciones sólo documentadas en Fuerteventura y Lanzarote, que han recibido el calificativo de “latinas” o “pseudolatinas”, por sus supuestos paralelismos formales con el alfabeto Cursivo pompeyano, cuya cronología abarca del siglo II a.C. al siglo I d.C. Las estaciones más importantes se encuentran en el Bco. del Cavadero (La Oliva), La Fortaleza y Morro de la Galera (Casillas del Ángel), así como en Mña. Blanca de Arriba, Morro Pinacho y Morro de Valle Corto (Antigua). Algunos autores descartan su asociación con alfabetos latinos y lo integran en una antigua escritura prelítica continental, que habría pervivido entre los grupos bereberes y acompañado a éstos en la colonización de las islas.

Los grabados podomorfos, que representan siluetas de pies humanos, a veces reducidas a formas de tendencia rectangular, trapezoidal o circular, no sólo se registran en Mña. Tindaya, apareciendo en pitones basálticos -Castillejo Alto (Pájara)- en peñas situadas en el interior de barrancos -Bco. de la Peña- o en los propios asentamientos (Tisajoyre, La Oliva). Constituye un motivo conocido en otras islas como Tenerife, Lanzarote, Gran Canaria o El Hierro.

Por último, los grabados geométricos conforman la temática más frecuente y extendida por la geografía insular, apareciendo aislados o mezclados con los motivos anteriores, con un predominio abrumador de las formas rectilíneas.

Las prospecciones efectuadas en los últimos años han acrecentado de forma considerable el inventario de estaciones rupestres en Fuerteventura, si bien ha de procederse con cautela a la hora de su valoración. Los problemas que suscita la datación cronológica de los grabados han hecho dudar a muchos investigadores sobre la supuesta antigüedad de estas manifestaciones culturales, admitiendo fechas recientes para muchas y asignándolas a grupos

humanos que habitan en la isla tras la Conquista: pastores castellanos o moriscos.

BIBLIOGRAFÍA

ABREU GALINDO, Fr. J. *Historia de la Conquista de las Siete Islas de Canaria*. Goya Ed. [1977].

ACOSTA SOSA, C./CEJUDO BETANCORT, M./MIRANDA VALERÓN, J. J. Materiales procedentes de Fuerteventura depositados en el Museo Canario. *Tebeto. Anuario del Archivo histórico insular de Fuerteventura*, núm. 1. 1988, pp. 205-221.

ÁLVAREZ DELGADO, J. Tabona. Notas lingüísticas. *Revista de Historia*, núm. 70. 1945, pp. 202-209.

ARCO AGUILAR, M. C./NAVARRO MEDEROS, J. F. *Los aborígenes*. Centro de la Cultura Popular canaria. 1987.

ARNAY DE LA ROSA, M./GONZÁLEZ REIMERS, E. Hallazgos arqueológicos en el Malpaís de los Toneles (Fuerteventura). *Tebeto. Anuario del Archivo histórico insular de Fuerteventura*, núm. 1. 1988, pp. 111-128.

BERTHELOT, S. *Antigüedades canarias*. Goya Ed.[1980].

CABRERA PÉREZ, J. C. Organización política de los aborígenes de Fuerteventura. *Tebeto. Anuario del Archivo histórico insular de Fuerteventura*, núm. 2. 1989, pp. 211-221.

La sociedad de Fuerteventura: un modelo diferencial en las culturas prehistóricas del Archipiélago canario. Tesis doctoral inédita. 1992.

Canarien, Le. Crónicas francesas de la Conquista de Canarias.
Vol. II. Fontes Rerum Canariarum IX. 1959
Vol. III. Fontes Rerum Canariarum XI. 1965.

CASTAÑEYRA, R. F. Antigüedades de Fuerteventura. *La Ilustración de Canarias.* 1883, pp. 171-173.

CASTRO ALFÍN, D. El poblado de La Atalayita. Fuerteventura. *El Museo Canario*, T. XXXIII-XXXIV. 1972-73, pp. 125-129.

La cueva de los Ídolos. Fuerteventura. *El Museo Canario*, T. XXXV-XXXVI. 1975-76, pp. 227-243.

Los petroglifos de Tindaya (Fuerteventura). Consideraciones sobre sus paralelos e interpretación. *I Jornadas de Historia de Lanzarote y Fuerteventura*, T. II. 1987, pp. 295-322.

Algunas construcciones en la prehistoria de Fuerteventura. Sobre el llamado “megalitismo” de la isla. *III Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, T. II. 1989, pp. 217-235.

CLARK, G. *Arqueología y sociedad.* Akal Ed. 1980.

CORTÉS VÁZQUEZ, M. Los petroglifos podomorfos de la Mña. Tindaya (Fuerteventura): Características formales y significación. *I Jornadas de Historia de Fuerteventura y Lanzarote*, T. II. 1987, pp. 13-63.

- DIVALE, W.T. Migration, External Warfare and Matrilocal Residence. *Behavior Science Research*, núm. 2. New Haven. 1974.
- ESPINOSA, A. de. *Historia de Nuestra Señora de Candelaria*. Goya Ed. [1980].
- GALVÁN, B./RODRÍGUEZ, A./FRANCISCO, M.I./HERNÁNDEZ, F./SÁNCHEZ, M.D. Las industrias líticas de la Cueva de Villaverde (Fuerteventura). *El Museo Canario*, T. XLVII. 1985-87, pp. 13-68.
- GARRALDA, M.D./HERNÁNDEZ, F./SÁNCHEZ, M.D. El enterramiento de la cueva de Villaverde (La Oliva, Fuerteventura). *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 27. 1981, pp. 673-689.
- GOLDSCHMIDT, W. A general model for pastoral social systems. *Pastoral production and society*. Cambridge University Press. 1979.
- GSELL, S. *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*. T. I. 1927.
- HARRIS, M. *Introducción a la antropología general*. Alianza Universidad. 1981.
- Caníbales y reyes. Los orígenes de la cultura*. Ed. Salvat. 1986.
- HERNÁNDEZ DÍAZ, I./PERERA BETANCORT, M. A. *Los grabados rupestres de la isla de Fuerteventura*. Pto. del Rosario. 1991.

HERNÁNDEZ, I./PERERA, M.A./CEJUDO, M./CABRERA, A./GUTIÉRREZ, J. A. Prospección de la zona norte del municipio de La Oliva (Fuerteventura). *Investigaciones arqueológicas en Canarias*. II. 1990, pp. 69-78.

HERNÁNDEZ, F./SÁNCHEZ, M. D. Conjunto de vasijas prehispánicas procedentes de una cueva en Huriame (Fuerteventura). *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch*, T. IV. 1983, pp. 271-279.

Informe sobre las excavaciones arqueológicas en la cueva de Villaverde (Fuerteventura). *Investigaciones arqueológicas en Canarias*. II. 1990, pp. 79-92.

HERNÁNDEZ PÉREZ, M. Grabados rupestres de Fuerteventura. *Congreso Nacional de Arqueología de Huelva*. 1973, pp. 245-248.

HERNÁNDEZ PÉREZ, M./MARTÍN SOCAS, D. Nueva aportación a la Prehistoria de Fuerteventura. Los grabados rupestres de la Mña. Tindaya. *Revista de Historia*. T. XXXVII. 1980, pp. 13-28.

HERÓDOTO. *Los nueve libros de la historia*. Vol. I. [1976].

JIMÉNEZ SÁNCHEZ, S. Principales yacimientos arqueológicos de las islas de Gran Canaria y Fuerteventura descubiertos, explorados y estudiados desde 1946 a 1951. *Faycán*, núm. 3. 1952.

El yacimiento arqueológico de El Junquillo en Rosita del Vicario (Bco. de la Torre, Fuerteventura). *Revista de Historia*, núms. 149-152. 1965-66, pp. 19-34.

KUNKEL, G. *Las plantas vasculares de Fuerteventura*. 1977.

LEÓN, J. de *et alii*. Aproximación a la descripción e interpretación de la Carta arqueológica de Fuerteventura. *I Jornadas de Historia de Lanzarote y Fuerteventura*. 1987, pp. 65-221.

MARCY, G. Notas sobre algunos topónimos y nombres antiguos de tribus bereberes en las Islas Canarias. *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 8. 1962, pp. 239-289.

MARÍN DE CUBAS, T. A. *Historia de las Siete Islas de Canaria*. [1986].

MARTÍN DE GUZMÁN, C. Arqueología del territorio en Fuerteventura. *Investigaciones arqueológicas en Canarias*. II. 1990, pp. 115-133.

MARTÍN SOCAS, D. *et alii*. Informe provisional de los trabajos arqueológicos realizados en Pozo Negro (La Antigua, Fuerteventura) y su entorno. *Homenaje al prof. Dr. Télesforo Bravo*, vol. II. 1991, pp. 383-402.

MECO, J./HERNÁNDEZ, F./SÁNCHEZ, M. D. La cueva de Villaverde (Fuerteventura) y su mastología. *Homenaje a J. Arencibia*. 1982, pp. 187-194.

MORALES PADRÓN, F. *Canarias: Crónicas de su conquista*. 1978.

PERERA BETANCORT, M.A./HERNÁNDEZ BAUTISTA, R. Comunicación sobre la excavación de urgencia en la Mña. de la Muda. La Matilla. Fuerteventura. *I Jornadas de Historia de Fuerteventura y Lanzarote*, T. II. 1987, pp. 323-344.

PÉREZ SAAVEDRA, F. *La mujer en la sociedad indígena de Canarias*. 1989.

ROLDÁN VERDEJO, R./DELGADO GONZÁLEZ, C. *Acuerdos del Cabildo de Fuerteventura (1660-1728)*. Fontes Rerum Canariarum XV. 1967.

Acuerdos del Cabildo de Fuerteventura (1605-1659). Fontes Rerum Canariarum XVII. 1970.

SAHLINS, M. *Las sociedades tribales*. Ed. Labor. 1972.

SANTIAGO, M. Canarias en el llamado "Manuscrito Valentim Fernandes". *Revista de Historia*, núm. 75. 1946, pp. 301-350.

SCHWIDETZKY, I. *La población prehispánica de las Islas Canarias*. 1963.

TEJERA GASPAR, A. *La religión de los guanches. Ritos, mitos y leyendas*. 1988.

TEJERA GASPAR, A./CABRERA PÉREZ, J. C. Mitos y leyendas de los majoreros (Fuerteventura, Islas Canarias). *III Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, T. II. 1989, pp. 237-246.

TEJERA GASPAR, A./GONZÁLEZ ANTÓN, R. *Las culturas aborígenes canarias*. 1987a.

Las manifestaciones religiosas de los aborígenes de Fuerteventura. *I Jornadas de Historia de Lanzarote y Fuerteventura*, T. II. 1987b, pp. 347-363.

TEJERA, A./JIMÉNEZ, J. J./CABRERA, J. C. La etnohistoria y su aplicación en Canarias: los modelos de Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura. *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 33. 1987, pp. 17-40.

TORRIANI, L. *Descripción de las Islas Canarias*. [1978].

VALENCIA, V./OROPESA, T. *Grabados rupestres de Canarias*. 1990.

VERNEAU, R. Habitations, sépultures et lieux sacrés des anciens canariens. *Revue d'Ethnographie*. 1889.

Cinco años de estancia en las Islas Canarias. [1981].

VIERA Y CLAVIJO, J. de *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*. [1982].

ZURARA, G. E. de *Crónica dos feitos de Guiné*. Vol. II. [1949].

JOSÉ CARLOS CABRERA PÉREZ, nació en Santa Cruz de Tenerife en 1960. Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de La Laguna. Becario de Investigación del C.S.I.C. en su Plan de Formación del Personal Investigador.

Su investigación se ha orientado a temas relacionados con la Prehistoria de Canarias, especialmente de las islas orientales, Lanzarote y Fuerteventura. Ha publicado sendos libros sobre la cultura aborigen de Lanzarote: *“Los Majos. Población Prehistórica de Lanzarote”*, y en esta misma colección: *“Lanzarote y los Majos”*; así como diversos artículos referidos a aspectos de la organización social y política de estas islas. En 1992 obtuvo el título de Doctor, tras la defensa de su trabajo: *“La sociedad de Fuerteventura: un modelo diferencial en las culturas prehistóricas del Archipiélago canario”*.



Con la publicación de esta serie sobre LA PREHISTORIA DE CANARIAS, fruto del esfuerzo divulgativo de un prestigioso grupo de profesores e historiadores, se pretende poner al alcance de todos una visión actualizada del pasado más antiguo de las Islas.

El lector encontrará la respuesta a multitud de interrogantes y podrá conocer cómo eran y cómo vivieron los aborígenes canarios.

El saber histórico, resumen y crisol del saber humano, es una de las necesidades más urgentes de la sociedad canaria actual. Una sociedad que cobra conciencia de sí misma y que, por lo tanto, sufre las crisis de crecimiento y de identidad propias de tal proceso.

1. TENERIFE Y LOS GUANCHES

Antonio Tejera Gaspar

2. GRAN CANARIA Y LOS CANARIOS

José Juan Jiménez González

3. LA PALMA Y LOS AUARITAS

Ernesto Martín Rodríguez

4. LANZAROTE Y LOS MAJOS

José Carlos Cabrera Pérez

5. LA GOMERA Y LOS GOMEROS

Juan Francisco Navarro Mederos

6. EL HIERRO Y LOS BIMBACHES

M^a de la Cruz Jiménez Gómez

7. FUERTEVENTURA Y LOS MAJOREROS

José Carlos Cabrera Pérez

